

LA JUVENTUD.



ALEGORIA.

Penoso en verdad es el camino de la vida, el cual conduce á la mansion celestial, subiendo con arrojo sus elevadas cumbres; empero la rigida perspectiva que presenta, produce tan fuertes impresiones, que no á todas las almas les es dado soportarlas igualmente. El joven se detiene al pié de la escarpada cima, que intentaba ganar, seducido tal vez por alguna pintada florecilla que brotaba en el borde del precipicio, ó fascinado

con el aspecto de las azuladas ondas que saltan de la bulluciosa cascada, que se advierte en el fondo de aquel estrecho valle. Mientras el joven contempla las bellezas con que la naturaleza ha querido adornar sus mas incultos y retirados sitios, se apodera de el insensiblemente una languidez que le embarga los sentidos y esparce en su alma un profundo abatimiento; olvida entonces el objeto hacia que debia dirigirse, dis-

Ma. o de 1847.

3

gustado quizá por la aspereza del camino; vuelve la vista, se sienta á la orilla, é inclinando la cabeza sobre el pecho, se entrega al desaliento.

Acércase al adolescente el hombre á quien una larga experiencia ha fortalecido, contra las seducciones y penas de la vida; lleva ceñida la cintura para el viaje y arrostra con valentía el viento de las montañas que agita sus vestidos; firme y resuelto, se para ante el jóven tendiéndole una mano y mostrándole con la otra la cumbre, le habla en estos términos:

—¡Animo, jóven! no hay que detenerse: nosotros tambien hemos pasado por este espinoso camino. Al entrar en la senda de la vida, parece que el alma, impregnada aun con los perfumes del seno recientemente abandonado, no puede acostumbrarse á los aires de la tierra á que acaba de salir á luz. Mas identificado con la existencia misteriosa de que huye, que con aquella á que aspira, y á la que tardará bastante en llegar, parece que poseído de un acervo dolor, quiere volverse atrás; pide á la eternidad que le abra las puertas por donde ha poco salió, y se lamenta de tener que sufrir el destino comun que le impele por el interminable camino de las pruebas y trabajos. Solo cuando se llega á la mitad, se puede juzgar debidamente de los dos extremos de la vida y justificar el juicio de Dios que nos condena á volver á él, por la difícil senda que seguís, y que apreciáis como nosotros.

¡Animo, jóven! alzad la frente y enjugad vuestras lágrimas que riegan en vano el verde tapiz de la tierra yendo á perderse entre las cristalinas aguas del lago. Para nutrir las plantas y alimentar los manantiales de la tierra, ha reservado el Supremo Hacedor, las puras aguas del cielo. El rocío que se desprende de los ojos del hombre es amargo y ardiente, está impregnado del veneno de nuestras borrascosas pasiones y calma solo el fuego que las provoca. Es necesario aprender á dominarlas antes que hayan tenido tiempo de destrozarnos nuestro corazón y secar nuestros párpados; pues la naturaleza nos las ha concedido para aumentar

la gloria de nuestra libertad, y para que nos sirvan de poderosos estímulos que nos esciten á obrar voluntariamente, lo cual es peligroso pero sublime. ¿No sentís en vuestro pecho ese estímulo? El os dice que prosigais.

¡Animo, jóven! levantaos y empuñad vigorosamente vuestro palo: caminaremos juntos y me complaceré de este modo en recordar la piadosa tristeza que purifica el alma de la juventud. En esta edad, nos quejamos de no poder hacer lo que nuestra imaginación concibe, irritándonos la falta de aquellos goces; mas tarde, nos asaltan las penas, pues desde que empezamos á ocuparnos de los negocios, se emplea el tiempo que pasa sin sentir, en bagatelas que no absorben nuestra mente, irritándonos tambien el trabajar tanto para adelantar tan poco. Empero el corazón del hombre, no se ve nunca satisfecho en la tierra; esta misma actividad por que suspiráis, mientras que os es fácil adquirirla, no le llena completamente, y solo le agrada por ser la imagen de la actividad pura y sin límites que solo disfrutará en la mansion celeste.

¡Animo, jóven! allí es á donde debemos llegar, prosigamos subiendo sin descanso; enseñémonos unos á otros ese objeto que parece alejarse cada vez mas á nuestra vista. A cada vuelta del camino esclama el alma acojonada:—¿Señor, hemos llegado al fin?—El ateo que teme la muerte por que en ella vé el término de sus goces materiales, esclama tambien á su vez:—¡La nada! ¿Es aquí donde van á sepultarse mis placeres y riquezas? entonces la divina providencia engaña las esperanzas de los unos, se goza con el temor de los otros y dice á todos: «Caminad, seguid aun, soportad las pruebas de los bienes y males del mundo, hasta el dia en que os haga partícipe de los verdaderos. Con esta esperanza debéis vivir, y con arreglo á ella debéis obrar!»

¡Animo, jóven! escuchad el grito que repiten con envidia todas las generaciones de la especie humana y el poder mismo de la ciega naturaleza. Bajo la fria bóveda de nuestro Occidente, se exhortan los hombres hace mas de tres

mil años, á subir el escarpado tránsito de la vida, cuya cumbre estamos aun tan distantes de percibir. Hace muchos siglos que la creacion cumple, bajo la vigilancia del Padre Universal, con la suprema ley del trabajo á la cual todos estamos sujetos. Nuestros padres comovieron el mundo; nos le dejaron, agitado y dividido, pero sellado con inauditas pruebas de su valor. Ellos nos enseñaron á doblegar la voluntad de los pueblos y la furia de los elementos, é

imprimieron en la humanidad y en el universo, el sello de sus heróicas virtudes y de su infatigable génio; ellos, en fin, marcaron la senda del destino á la raza trémula de los nacidos. No deshonremos, pues, con vuestras debilidades, el camino que abrieron á costa de inmensos trabajos, y dirijámonos con resolucion hácia el sublime objeto que nos han trazado y el cual apenas les fué permitido distinguir.

NIÑOS DE LA BIBLIA.

II.

ISMAEL.

No lejos del Eden que sirvió de paraíso al primer hombre, habia otro paraíso terrenal formado por los fértiles y deliciosos valles de Gerara, adonde desde Hebron habia trasladado su residencia el patriarca Abraham, uno de los hombres que habian permanecido fieles al culto del verdadero Dios.

Abraham, elegido por Dios, para bendecir en él á todas las naciones de la tierra, veia aumentarse de dia en dia sus riquezas: sus campos le producian abundantes cosechas, sus rebaños ya harto numerosos, se multiplicaban prodigiosamente, sus criados y dependientes formaban un pequeño ejército, los reyes mismos antes de experimentar su poder solicitaban vivamente su alianza, y adonde quiera que Abraham dirigiese sus pasos, allí encontraba pruebas de las bendiciones que Dios derramaba sobre él y toda su familia. Sin embargo, la existencia de Abraham no era tan feliz como parece debiera serlo, y habia en el fondo de su corazon una secreta y amarga pena que no le dejaba gozar de toda su prosperidad. ¡Cuántas veces sentado á la puerta de su tienda al caer de la tarde, para descansar de las fatigas campestres del dia, sus ojos se humedecian con las lágrimas que invo-

luntariamente le brotaban! ¡Y cuántas veces despues de haber contemplado los inmensos bienes que poseia, esclamaba desconsolado

—Dios mio, me habeis colmado de bienes y de riquezas; pero heme aqui solo, aislado sobre la tierra y sin posteridad!

Porque Abraham unido á una muger amada y digna de serlo, no habia tenido el fruto de bendicion que esta union prometia, y su desconsuelo era cada vez mayor al ver que iba entrando en años sin tener un hijo cuyas caricias le consolasen en sus últimos dias. Con la esperanza de tener sucesion y con el sentimiento de su esposa, tomó otrallamada Agar, que era una jóven esclava egipcia, adicta á Abraham á quien habia seguido fielmente desde el Egipto á la tierra de Canaam. Agar fué bien pronto madre de un robusto niño llamado Ismael, en quien Abraham fundó las mayores esperanzas.

Dios, sin embargo que no puede engañarse ni engañarnos; Dios que habia prometido á Abraham, sucesion directa y legitima y una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo; Dios habia de ser fiel á su promesa. He aqui la razon porque, Sara la legitima esposa de Abraham, tuvo un hijo llamado Isac ya en aquella época de su vida en que un acontecimiento de esta especie podia pasar por milagroso.

La fecundidad era entre las mugeres de la antigua ley una circunstancia tan honorífica y daba tales títulos al aprecio general, que Agar así que fué madre de Ismael, empezó á ensoberbecerse, á pesar de su condicion de esclava, y á tenerse en mas que su señora. Esto promovió disturbios en la familia, los que se aumentaron cuando creciendo los dos niños, Ismael como mayor en edad y mas robusto, llevaba siempre la primacia á Isac, obscureciendo y arrebatándole, por decirlo así, sus derechos á la primogenitura.

Era necesario evitar los funestos efectos de esta fatal competencia, por lo que Sara, llamando á Abraham secretamente, le dijo:

—Arroja de casa á la esclava egipcia y á su hijo con ella, porque ni la esclava ni el hijo de la esclava pueden tener parte en tu herencia.

—¡Cómo! exclamó Abraham, habré de arrojar al hijo fuera de la casa de su padre? ¿Habré de cerrar para los míos un hogar abierto siempre á los desvalidos y al extranjero errante y sin asilo?

Grande fué el sentimiento de Abraham, y no cedió á la voluntad de su esposa, sin haber consultado durante la noche si estaba conforme con la de Dios. Fortalecido ya en su resolucion, llamó á Agar así que amaneció, le entregó pan y agua para el camino y sacándola con su hijo á la puerta de la tienda, manifestó con la mano el vasto desierto de la Siria, y sin poder articular palabra, ahogado por los sollozos, se entró precipitadamente traspadado de sentimiento. Agar permaneció un momento inmóvil y silenciosa, y el instinto del amor filial retenia á Ismael á el lado de su madre. La casa de Abraham estaba cerrada irrevocablemente para ellos, no tenían delante de si mas que un inmenso desierto, y sin embargo Agar reteniendo las lágrimas que se asomaban á sus ojos y acomodando sobre sus espaldas las provisiones que les habian dado, cogió á su hijo de la mano y se internó en aquellas vastas soledades donde les esperaban crueles padecimientos ó la muerte.

Mientras duraron las provisiones que

habian sacado de casa de Abraham, caminaron un día y otro sin que la fatiga les abatiese. Aquella muger jóven todavía y aquel tierno niño no encontraban al atravesar el desierto un miserable arbusto donde hallar un poco de sombra y cuando la casualidad les preparaba un abrigo ó un hueco de un peñasco donde pasar la noche, no era sin temor de que las bestias feroces viniesen á devorarlos. Pero cuando la situacion se hizo verdaderamente afflictiva, fué al concluirse el agua que llevaban para el camino. Ismael con los pies abrasados por las arenas del desierto y sofocado por los rayos del sol que caian sobre su cabeza, exclamó con angustia.

—¡Madre! ¡Madre mia!

—¿Qué me quieres, hijo mio?

—Madre, tengo mucha sed.

Las lágrimas se escapaban de los ojos de aquella madre desventurada y como tratase de ocultárselas á Ismael, volviendo la cabeza hácia otro lado, el hijo asiéndola cariñosamente, exclamó:

—Madre mia, ¿por qué lloras? ¿Por qué no me haces caso cuando digo que tengo mucha sed?

Agar por un movimiento maternal atrajo sobre su pecho la cabeza de su hijo, apoyando en su frente sus labios trémulos y descoloridos:

—Ay, hijo mio, nada tengo que darte: la vasija está vacía. Tambien yo tengo mucha sed, pero es preciso tener paciencia ¿Ves aquellos árboles frondosos que se distinguen allá á lo lejos? pues allí encontraremos agua con que refrigerarnos.

Reanimando así á su hijo y concentrando todas sus fuerzas para aligerar el paso, caminaba la desventurada madre esperando hallar algun manantial ó algun depósito de agua llovediza, hasta el triste momento en que Ismael, rendido de cansancio y no pudiendo soportar la ardiente sed que le devoraba, cayó desfallecido en tierra.

Agar, arrojando con despecho el báculo de camino y la inútil vasija, se precipitó á sostener á su hijo, que pálido y desfigurado manifestaba claramente el tormento que sufría, y fijaba en su madre unas miradas mas elocuentes que las palabras que no podia pro-

nunciar. Viendo que no podía proporcionarle algún alivio, viendo que eran inútiles sus consuelos, y no teniendo valor para ver espirar á su hijo, se levantó despechada y dando libre curso á sus lágrimas. Puesta de rodillas á cor-

ta distancia, exclamó con el corazón traspasado de dolor.

—¡Dios mío! ¿Vos también me desamparais?

El llanto del hijo y las plegarias de la madre, habían llegado ya ante el tro-



no del Omnipotente que nunca envía aflicciones superiores á nuestras fuerzas. La voz de un ángel celeste resonó en los aires, y la desventurada madre escuchó estas palabras:

—Agar, Agar, levántate: Dios ha escuchado tus ruegos y los de tu hijo.

Lo primero que se ofreció á la vista de Agar, al levantarse animosa, fué un manantial de agua fresca y cristalina en el que se apresuró á llenar su vasija, para llevarla á los abrasados labios de su hijo.

Ismael protegido desde entonces por Dios, creció y fijó su residencia en las soledades de Faran, donde habiéndose

casado fué el progenitor de los ismaelitas y padre de doce varones, pastores como lo fueron su padre Ismael y su abuelo Abraham, y cabezas de otras tantas numerosas tribus que han conservado por muchos siglos las sencillas y hospitalarias costumbres de los primitivos patriarcas. De estas tribus, descienden los árabes beliciosos é indomables, cuya raza aun conserva puro sus carácter y tradiciones, cuya ocupación es la guerra, y cuya patria es el desierto. De él han salido una vez, para conquistar la España, y para cambiar la faz del universo.

F. F. VILLABRILLE.

LUISA Y PABLO

ó

EL DESCUBRIMIENTO DEL DOCTOR JENNER.

NOVELA ALEMANA.

CAPITULO I.

EL PASO POR LAS MONTAÑAS.

—Aquí tenéis que apeáros, dijo el cochero reprimiendo la rienda á los caballos y volviéndose á mirar á un hombre de bastante edad, que iba en el carriage con una niña de ocho años poco mas ó menos; aquella senda añadió mostrándosela, conduce á Haik por encima de las montañas; seguidla y dentro de una hora estareis allá.

El anciano se echó á la espalda un lio que llevaba, se apeó, y despues de haber bajado á la niña en brazos, pagó al cochero. —Ven, Luisita, le dijo cogiéndola de la mano, vamos á andar de prisa para llegar á casa de tu tio antes que anochezca.

Luisa emprendió la caminata animosamente. La cuesta que iban subiendo se hacia cada vez mas pina, y el anciano, que no tenia tan buen pulmon como la niña, se veia en la precision de descansar algunos ratos para cobrar aliento, pero al cabo llegaron á la cumbre, donde se presentó á su vista la mas bella perspectiva. Por todas partes se elevaban hácia el firmamento enormes y puntiagudas peñas, algunas de las euales se hallaban cubiertas de nieve, pues era á principios de marzo cuando nuestros dos caminantes pasaban las inmensas montañas que separan la Escocia de la Inglaterra.

—¡Oh! qué hermoso, Luisa! exclamó el anciano, señalando á la llanura; mira que verdes están ya los campos de Inglaterra! ¿No ves allá abajo un lugar con una torre? Mi vista está ya

tan débil, que no alcanzo á distinguir bien los objetos.

Luisa estuvo mirando largo rato pero nada pudo describir.

—Prosigamos nuestro camino, dijo el anciano, que los dos estamos acalorados y aquí sopla el viento tan de recio, que se me han quedado heladas las espaldas. Diciendo esto, volvieron á emprender su marcha. La senda no era ya tan penosa, pues iba algun tanto cuesta abajo, pero de un momento á otro empezó á oscurecerse el cielo, hasta entonces tan sereno y azulado. Por instantes fueron agrupándose delante del sol nubes cada vez mas densas, hasta que al fin interceptaron sus rayos completamente. Levantóse un viento horrible, y en seguida principiaron á caer copos de nieve muy menudos, pero con tal fuerza, que pinchaban como puntas de alfiler. Luisa se tapó la cara con el pañuelo de la cabeza, y el anciano defendia la suya por el lado mas expuesto á la intemperie con la mano que tenia desocupada, y en la cual llevaba un gran guante de pieles. A poco rato eran ya los copos tan grandes y caian con tal abundancia, que todo se cubrió de blanco. En breve desaparecieron tambien la senda y la perspectiva, siendo imposible distinguir los objetos á seis pasos de distancia. Los copos arremolinados azotaban el rostro á los viajeros y llegaron á formar una capa tan espesa sobre sus vestidos, que apenas podian andar. Solo á fuerza del mayor trabajo lograba Luisa abrirse paso con sus piecitos por la nieve, que la llegaba hasta casi la rodilla, y como tenia calados los zapatos y las medias, la subia un frio por todo el cuerpo que la molestaba estraordinariamente. El sol se ocultó en el horizonte sin que el cie-

lo se despejase; echóse encima la noche, y á medida que las tinieblas avanzaban iba aumentándose la tristeza de entrambos caminantes. Al fin se detuvo el anciano, lanzando un profundo suspiro, y con muestras de mucho sentimiento preguntó á Luisa:—¿Te cansas, pobrecita?—Sí, querido Pablo, contestó la niña saltándosele las lágrimas, y tengo un frío que me muero.

—Te llevaré un poquito, dijo Pablo suspirando de nuevo, y se puso en cucullas para tomarla en brazos. —Pero no mas que un poquito, replicó Luisa echándole los bracitos al cuello, que tú también estarás cansado.

—¡Santos cielos! exclamó Pablo sobresaltado despues de ponerse en pié, ahora se me ha olvidado qué rumbo llevaba la senda. ¿No sabes tú, Luisita, por que lado hemos venido?

Tampoco la niña se acordaba, y desesperado con esto el buen anciano empezó á buscar el camino por todas partes, sin saber adonde dirigir sus pasos para bajar á la llanura. Era tal su aflicción que tenia la frente bañada de sudor.—¿Porqué no permitieron tus padres que nos embarcásemos con ellos? decia Pablo con amargura, ¿qué nos hubiera podido suceder? ¿no es esto mil veces peor? ¡Ay, Luisita mia, si supiesen en qué apuro nos hallamos!

Luisa no oía estos lamentos, porque se habia quedado dulcemente dormida en los brazos de su fiel criado, el cual apenas podia ya tenerse en pié. Estaba tan cansado, que habiéndole deparado sus infructuosas pesquisas un peñon, que formaba una especie de poyo, se dejó caer sobre él enteramente rendido y no tardó en coger el sueño. De allí á poco despertó Luisa tiritando de frío y pidió á Pablo que la bajase.—Por Dios, Pablo, decia, bájame, que parece que me cortan los pies con un cuchillo y voy á ver si andando consigo que entren en calor.—Pablo sin embargo no lo oía ni dió la menor respuesta. Sus brazos tenian sujeta á la niña como dos argollas de hierro; sus párpados se habian cerrado, y todo su cuerpo estaba rígido y endurecido.

—Despierta, Pablo, le decia la niña llorosa y se puso á hacerle caricias,

pero se estremeció al sentir la frialdad de sus megillas y desatándose el pañuelo de la cabeza, empezó á frotar con él, el pálido semblante del anciano. ¡Ervano!—Pablo, despierta, le dijo levantando la voz y mas afligida, pero inutilmente.... ¡Socorro socorro! empezó á gritar con todas sus fuerzas, para ver si alguien acudia, mas no parecia sino que las inmensas masas de nieve habian levantado en su derredor muros impenetrables, que reflejaban la voz haciéndola espirar á cortisima distancia. Nadie iba á socorrer á la desgraciada Luisa, que gemia en los agarrotados brazo de Pablo sin poderse desasir de su yerto cadáver.

—¡Oh madre mia, exclamaba la infeliz, qué dulcemente reposaba yo en tus brazos! ¿por qué me separaste de ellos? Adios, padres de mi alma; ya no volveré á veros. Al decir estas palabras sintió un frio extraordinario en todo su cuerpo.—Dios mio, dijo con voz temblorosa, si ha llegado mi última hora, te suplico que me conviertas en un angelito y me lleves al cielo con el pobre Pablo, para reunirme allí con mis amados padres; llévame pronto contigo para que no se alarguen mis padecimientos.—En seguida se ciñó firmemente al helado cuerpo de Pablo, y como un niño que antes de dormirse da mil vueltas en su lecho para colocarse bien, levantó algunas veces su bella cabeza buscando el mejor sitio en el pecho nevado del anciano, hasta que al fin se acomodó á su gusto y se estuvo quieta sin moverse. Volvió á cerrar los ojos; el temblor de su cuerpo fué disminuyendo hasta cesar enteramente y á poco tiempo estaba tan yerta como Pablo.

Continuaron cayendo infinidad de sùtiles copos y posándose suavemente sobre los dos cadáveres, los dejaron envueltos en un manto de una blancur á incomparable. Enmudeció despues el huracan, cesó la tormenta y la noche fué estendiendo sobre ellos otro manto negro mucho mas suntuoso, y bordado de estrellas de oro, en el cual resplandecia magestuosamente el disco de la luna. El mas profundo silencio reinaba en aquel magnífico panteon, en que yacian tranquilamente Luisa y el anciano.

CAPITULO II.

LA PROVIDENCIA.

Dos horas faltarian aun para media noche, cuando de improviso fué interrumpido el reposo de aquella soledad, pues la nieve, cuya superficie se habia endurecido, se oía crujir bajo las pisadas de muchos caballos. Era una cabalgata numerosa que volvia alegremente de caza, seguida de una multitud de perros.

—Qué bien hemos hecho, decia uno de ellos, en esperar á que pasase el chubasco en casa de nuestro amigo Joaquín, haciendo los honores á su ponche, pues sino no sé como hubiéramos vuelto á casa. Oye, Juan, anda á ver que diablos han encontrado allí los perros, que tanta bulla meten.

El criado, á quien iban dirigidas estas palabras, se encaminó á galope hácia el punto, donde reunidos los perros estaban ahullando y ladrando sin cesar; pero á los pocos momentos volvió todo asustado y gritando:—¡Ay qué desgracia! allí sobre aquellas peñas hay dos personas heladas.

Inmediatamente volvieron riendas todos los cazadores y se trasladaron al parage, de donde los perros no querian apartarse. Allí encontraron abrazados uno con otro á Pablo y á Luisa, la cual tenia todavía en la mano el pañuelo, con que habia estado frotando á su fiel criado. Al ver al anciano con una niña tan tierna, lanzaron todos un grito de horror y compasion, pero uno de ellos se puso á registrar los cuerpos de aquellos desgraciados con mucha escrupulosidad y precaucion.

—¿Hay todavía esperanza? doctor, le preguntaron varios á un tiempo.

—Probaremos, pero no puedo responder del resultado. En separarlos no hay que pensar, pues no habria fuerzas humanas capaces de ello, á no cortar á este hombre los brazos, que tienen aferrada á la criatura. ¡Infeliz! tal vez se imaginó que así podria arrancársela á la muerte, y esta le castigó, segun parece, acabando con él primero.

Dispúsose, pues, que un criado colo-

case á los helados sobre la silla de su caballo y caminando todos á buen paso, se hallaron al cuarto de hora á la puerta de una casa de labranza muy espaciosa.

—Si perdemos un solo momento, dijo el doctor, tal vez sea imposible salvar la vida á esos desgraciados, y así es preciso ensayar aquí mismo los medios de restituirsela. Haced que abran esas gentes y que traigan luz.

Dicho y hecho; los moradores de aquel cortijo abrieron gustosos luego que se enteraron del caso, y los helados fueron conducidos al zaguan.

—Adentro, señores, les dijo con las mayores instancias el buen campesino, llevadlos al cuarto, donde encontrareis fuego y ademas mi cama muy bien caldeada. Acostad en ella si quereis á los pobres helados, y tú, Catalina, echa mas carbon en la lumbre ó leña, si es necesario; despáchate.

—Nada de eso, replicó el doctor. ¿No teneis una artesa bien grande? pues mediadla de nieve y llenad ademas algunos cubos. Yo voy entretanto á desnudar á los helados, ó mas bien á abrirles los vestidos con unas tijeras.

El labrador meneó la cabeza en señal de desaprobacion, pero se sujetó á las disposiciones del facultativo, el cual despues de haber quitado toda la ropa á Pablo y á Luisa, los hizo poner en la artesa y cubrirlos enteramente con nieve, sin dejar libres mas que la boca y la nariz y de paso les estuvo dando friegas con la misma nieve, particularmente por el lado donde está el corazon, Luisa fué la primera que empezó á respirar é hizo alguno que otro movimiento aunque débil, con lo cual se creyeron los circunstantes suficientemente recompensados por aquella obra de caridad.

—Ahora, dijo el médico, es necesario separar á la niña aunque haya que quebrarle á él los brazos. Con todo no costó tanto trabajo como se creia. Despues de enjugar á Luisa con una sábana caliente, la metieron en una cama bien caldeada, que se habia dispuesto, no en el cuarto donde habia lumbre, sino en un dormitorio bastante fresco, y en seguida le dió el doctor media taza de flor de sahuco, que habia hecho cocer en

un instante y una cucharada de vinagre con un poco de miel. Entretanto seguía Pablo en la artesa sin dar señales de vida, pero cuando casi se habían perdido todas las esperanzas, empezó él también á revivir, y el doctor le administró los mismos auxilios que á Luisa, haciéndole además una sangría. Hecho esto prescribió lo que se debía seguir haciendo con los enfermos, y como era ya muy entrada la noche, se marchó con todos los cazadores, que jamás habían vuelto á sus casas tan contentos como aquella vez, por haber salvado la vida á dos personas. El honrado labrador y su mujer no tuvieron inconveniente en velar al lado de los convalecientes, los cuales se habían quedado profundamente dormidos.

CAPITULO III.

EL DESGRACIADO PABLO.

A la mañana siguiente muy temprano el dueño de aquellas tierras y el caritativo doctor, que había pasado con él la noche, volvieron á ver á los enfermos. Encontraron á Luisa despierta y bastante restablecida y habiendo empezado la pobre á manifestar su agradecimiento con mil expresiones cariñosas, le dijo el doctor:—No hables, hija mía, y cuidate mucho, que todavía no podemos cantar victoria.—Luisa obedeció y se contentó con alargar la mano á los circunstantes, dándoles á entender su gratitud con miradas de ternura. Después se volvió hacia Pablo, que estaba en el mismo dormitorio y acababa de abrir los ojos en aquel momento. El doctor le cogió la mano para tomarle el pulso, y le preguntó con mucho agrado: ¿Cómo va, buen hombre?

—El jueves, respondió Pablo, clavando la vista en el médico.

—No me habeis entendido, contestó el doctor levantando la voz; os he preguntado que como estais.

—Diez y siete negros y doce blancos, dijo Pablo con una voz muy rara y tentándose al mismo tiempo por el cuerpo como si buscase algo en los vestidos, á pesar de que no los tenía puestos.

El doctor se quedó pensativo, exami-

nó con muestras de inquietud los ojos inmóviles de Pablo y poniéndole la mano sobre la frente, preguntó á Luisa; ¿cómo se llama este hombre?

—Pablo, contestó la niña.

—¿Es por ventura algo sordo? volvió á preguntar el médico.

—No señor, que oye muy bien, respondió Luisa.

Al oír esta voz tan conocida, volvió Pablo atentamente la cabeza hácia Luisa, lo cual no se le escapó al facultativo. A ver hija mía, le dijo después á la niña, preguntale tú cómo le va.

—Pablo, querido Pablo, le gritó Luisa vuelve en tí y responde á ese buen señor, que desea saber como te encuentras.

—Pero, Luisita, dijo Pablo con mucho misterio, si papá no quiere que vayamos con él; porque podrias ir á ser pasto de la ballena y ¿qué sería de tí entonces, pobrecita mía?

—¡Pobre Pablo! exclamó el doctor enternecido, ya no nos puede quedar duda de su estado. Oh, casi valdría más que no hubiese recobrado la vida, pues ha perdido cuanto se puede perder, que es la razón. ¡Desgraciado! ningún médico en este mundo podrá restituirte jamás el don más precioso que poseemos.

Luisa se sobresaltó en extremo al oír estas palabras y se echó á llorar amargamente.

—Calla, hija mía, le dijo el doctor.

—Calla, Luisa, repitió Pablo, como reprendiéndola, no despiertes el espíritu maligno; que harto trabajo me ha costado dormirle.

El doctor habló después al oído con el dueño de aquella campiña y este dirigió á Luisa las palabras siguientes:

—¿Cómo te llamas, hija mía?

—Luisa, contestó la niña.

—¿Y tu padre?

—Allan de Léven.

—¡Cómo! exclamó aquel con muestras de la mayor sorpresa, con que eres según eso...

No pudo continuar, pues el doctor le dió con el codo diciéndole en voz baja:

—Señor baron, esa niña está aun bastante delicada, y otra impresión fuerte le podría ser muy perjudicial

Agitado sobre manera dió el baron algunas vueltas por el cuarto, pero despues de tranquilizarse algun tanto, se acercó de nuevo á la cama de Luisa, preguntándola con dulzura:—Pero hija, ¿adónde ibas por esas montañas sin nadie mas que un anciano y en una estacion tan cruda? ¿dónde están tus padres?

—Se han embarcado para muy lejos, y si no me engaño para América, pero antes encargaron al pobre Pablo que me llevase á Haik en casa de una hermana política de mi mamá con el señor baron Mosby.

—Pareció increíble, murmuró el baron entre dientes; pero ¿qué motivos puede haber tenido tu padre para entender un viage tan largo?

—No me lo dijo, aunque puede que hable de ello en la carta que llevaba Pablo en el bolsillo.

Inmediatamente se registraron los vestidos despedazados del criado y en ellos habia efectivamente una cartera de cuero con la carta que decia Luisa. El baron la abrió apresuradamente, se retiró á un lado y recorrió en pocos momentos su contenido. Durante la lectura se puso pálido, y apenas podia disimular su agitacion cuando se dirigió al doctor diciéndole:—El que escribe esta carta me suplica que mire por esa niña. Aun sin esta recomendacion me hubiera encargado de ella y del anciano, pues lo considero como una obligacion mia, habiéndose descarrado en mis posesiones; pero ¿qué voy hacer con ese demente? A mi casa no le puedo llevar, y por otra parte seria una crueldad separarle de la niña.

—La demencia de Pablo no es temible bajo ningun concepto, contestó el doctor, y yo respondo de que jamás degenerará en locura furiosa. El infeliz pasará toda su vida metido en sí y sin hacer el menor daño, pero será inútil para toda clase de trabajo.

—Lo mejor será, dijo el baron despues de recapacitar un rato, que ante todo vaya yo á consultar con mi esposa qué partido se ha de tomar en semejantes circunstancias.

—Indudablemente, añadió el doctor. Así como así los enfermos no deben le-

vantarse todavia. Lo que siento es no poderles consagrar por mas tiempo sin cuidados, porque la obligacion me llama á mi residencia. Bien conocerá vd. amigo baron, que el viage de placer, que emprenda un médico, no puede ser de mucha duracion. Ahora, si llega el caso de que mi corto saber le pueda á vd. servir de algo, estoy pronto á comunicarle á vd. por cartas lo que crea mas conueniente.

Despues de dar algunos consejos á Luisa y á los labradores se despidió el buen doctor y salió de la alqueria en compania del baron, el cual les prometió no tardar mucho en volver á verlos.

CAPITULO IV.

LUISA HECHA LABRADORA.

El baron de Mosby era un segeto honrado y compasivo, pero sumamente corto y pusilánime, pues las mas veces se dejaba dominar por su esposa, señora algun tanto altiva é insensible. Asi sucedió en esta ocasion al decidir de la suerte de Luisa.

Todavía estaba muy turbado el baron cuando entró en su casa, y llamando á parte á su esposa, le dijo: Figúrate, Carlota mia, cuál habrá sido mi sorpresa, pues has de saber que la niña que encontramos anoche medio muerta es nada menos que la hija de tu hermana política y de nuestro cuñado el señor de Léven, que se han ido huyendo á América, porque se los acusaba de alta traicion.—En esta carta nos piden que acojamos en nuestra casa á su hija y á su antiguo criado Pablo, pero no tengo necesidad de advertirte los perjuicios que se nos podrian seguir si accediésemos á sus ruegos. Supongamos que sale fundada la acusacion, lo cual no es del todo imposible, pues los escoceses se han mostrado en todo tiempo poco devotos de la dinastia reinante; pues bien, teniendo en nuestra familia á la hija de un reo de lesa magestad, ¿no se podría sospechar de nosotros que abrigamos los mismos sentimientos que nuestro cuñado? ¿No seria una temeridad esponernos á que el gobierno desconfiase de

nosotros? Es verdad que el padre de Luisa protesta de su inocencia, diciendo que tarde ó temprano quedará justificada, y ofrece volver entonces á buscar á su hija y á reembolsar con largueza cuantos gastos haya ocasionado, pero de todos modos hay que pensarlo mucho. Además el viejo ha perdido el juicio con la desgracia que le sucedió ayer, y ya ves que en semejante estado no sería difícil que pegase fuego á la casa ó nos acarrease cualquiera otra desgracia. Con que, ¿qué me aconsejas hacer en este caso? Eso sí, la niña me da mucha lástima y Pablo también..... pero nuestro bien estar es sin duda antes que todo.

La baronesa, que habia escuchado atentamente á su esposo, le respondió: En primer lugar y antes de dar yo mi parecer, es preciso que vea á esa niña.

—¡Oh! te va á gustar mucho, pues no me acuerdo haber visto una niña mas preciosa que Luisita.

El semblante de la baronesa se alteró visiblemente. ¿Con qué será mas hermosa que nuestros propios hijos? preguntó con cierto resentimiento. Pues entonces entrando esa niña en casa, sembraremos en nuestra familia la semilla de la discordia, y la envidia por un lado y el orgullo por otro.

—No he querido decir eso, contestó el baron mudando de tono, porque habia notado el descontento de su esposa. Luisa es una chica como otra cualquiera, de buen color, carrillos apretados, ojos azules y pelo rubio y rizado.

—Quiere decir que es una mucha tosca del campo, de las que se ven á cada paso en Escocia y no una señorita bien educada y de alta clase. Vaya, pues, allá veremos.

Por la tarde mandó el baron poner el coche y fué con su esposa á la casa de labranza, donde se hallaban los enfermos. Al llegar, encontraron á Luisa sentada en un banco que habia á la puerta y á su lado á Pablo, el cual tenia puesto un vestido viejo del labrador. Este y su muger estaban á cierta distancia escuchando á Luisa, que hacia todos los esfuerzos imaginables, por volver la razon á Pablo, pero este no respondia mas que disparates que afligian cada

vez mas á la niña. La baronesa se quedó asombrada al ver las gracias que adornaban á Luisa, no sabiendo al pronto que hacerse pero despues se acercó á ella y le dijo con afabilidad:—Bienvenida, Luisita mia, y dándole un beso en la frente estuvo un rato contemplando sus hermosos ojos azules, que dirigian á la baronesa las miradas mas espresivas. Luisa echó á llorar de afliccion y regocijo á un mismo tiempo y exclamó:—¡Ay padres míos de mi alma! ¡ay pobre Pablo!

—Tú si que eres desgraciada, hija mia, dijo la baronesa interrumpiéndola, pues lo has perdido todo: vente con nosotros, ven, que aqui tienes otra madre.

Inquietóse el baron al oír estas palabras y echó una mirada á su esposa sin saber que pensar, pero la baronesa no sedió por entendida y prosiguió consolando á Luisa que se deshacia en un mar de lágrimas.—Despidete de esas buenas gentes que tanto te han favorecido, y sígueme á mi palacio, donde lo pasarás muy bien en adelante.

Luisa hizo lo que se la mandaba y dió las gracias á aquellos honrados labradores con la mayor cordialidad. Despues se dirigió hácia Pablo y cogiéndole por la mano, le dijo:—Ahora nos vamos al palacio, querido Pablo, con que ven y cuidado con tener juicio.

—¡Palacio! ¡palacio! murmuró Pablo entre dientes..... Es verdad, y dió un brinco de contento... San Pedro abrió el otro dia su palacio, pero al momento volvió á ponerse cabizbajo y lanzando un profundo suspiro añadió....sí, y empezaron á caer aquellas plumas blancas, que iban á sofocar á mi Luisa..... Cierra esa puerta, Pedro, gritó en tono de amenaza.

La baronesa retrocedió algunos pasos y dijo con gran sobresalto.—No, hija, lo que es ese anciano demente no puede venir contigo, pues me podria costar la vida, tener que estar oyendo todo el dia sus locuras, además de que una vez que le dé la mania puede hacer muchísimo daño. Mas vale que le den un cuartito en el hospicio, donde el sereno pueda vigilarle.

Luisa permaneció indecisa mirando alternativamente á la baronesa y á su

fiel criado, el cual al ir á dar un paso, tropezó con un gran leño, que habia en el suelo.—¿Estas cansada, pobrecita Luisa? preguntó tan afligido como el día antes; pues ven te llevaré un ratito. Diciendo esto levantó el madero con muchísimo trabajo, y se puso á pasearle arriba y abajo hasta quedarse sin aliento.

Entonces no pudo Luisa resistir mas tiempo, pues tenia bien presente con cuanto cariño y desinterés la habia llevado en sus brazos el anciano, á pesar del terrible temporal y de faltarle á él mismo las fuerzas. Soltó, pues, la mano de su tía, se arrojó á los de Pablo y ledijo sollozando:—No, querido Pablo, jamás me apartará de tí, pues tu tampoco me has abandonado.

Atónito miraba Pablo tan pronto á Luisa como al madero, hasta que preguntó como dudoso; ¿pero cuál de las dos es mi Luisa?

—Hija mía, dijo la baronesa, esos sentimientos son muy laudables, y yo no trato de contrariar tu voluntad en esta parte, pero tambien me es preciso insistir en la mía, porque llevándonos á Pablo al palacio, todos nosotros y aun él mismo podriamos tener mucho que sentir. Allí hay tantas escaleras, cuevas, ventanas muy altas y otros sitios peligrosos, que con la mayor facilidad podría lastimarse hallándose en tal estado. Lo mejor seria para los dos que os quedáseis con estas buenas gentes, pues en el hospicio dudo que lo pasaréis bien. Hablaré, pues, con Tomás y su muger, y veremos si se avienen á teneros en su casa pagándose bien. Puedes estar segura de que no te faltará nada, y todos los días irás á vernos al palacio, donde te divertirás mucho con mis niños.

El labrador Tomás y su muger Catalina accedieron con gusto á admitir en su familia á una niña tan amable y al desgraciado Pablo. La baronesa les encargó en secreto que no tratasen á Luisa como una señorita, sino como á su hija propia, haciéndole tomar parte en todas las faenas del campo y llevándola vestida de aldeana.—Todo es por su bien, continuó diciendo, pues ya que ha perdido á sus padres y no posee nada

vale mas que se acostumbre á la escasez. Si algun día mejorasen sus circunstancias inesperadamente, siempre le será mas fácil pasar de pobre á rica, que vice-versa. Con esto se despidieron el baron y la baronesa.

CAPITULO V.

LA IDA AL PALACIO.

De allí á pocos dias fué un criado del baron Mosby, á buscar á Luisa para conducirla al palacio. Como sus vestidos estaban hechos giras é inservibles desde el día de la nevada, llevaba puestos otros de aldeana. El espacioso parque que habia al rededor del palacio, lleno de ciervos domesticados, corzos, faisanes y pavos reales, no le causó extrañeza, porque sus padres habian tenido otro por lo menos tan grande y tan hermoso como aquel. Tampoco la chocaron gran cosa las magníficas y anchurosas habitaciones del palacio, pues desde muy pequeña estaba acostumbrada al mismo lujo. La baronesa salió á recibirla con su hijo Eduardo y sus dos hijas Sara y Matilde.

—Mirad, hijos míos, les dijo; esa es la niña á quien vuestro padre salvó la otra noche la vida; sed cariñosos con ella que es parienta vuestra y ademas ha tenido la desgracia de perder á sus padres.

Eduardo alargó la mano á Luisa, diciéndole bruscamente:—Buenos días, Luisa, tú me servirás de caballo cuando hago yo de cochero. Mis hermanas no quieren serlo nunca y por eso me alegro de que hayas venido tú.

Sara y Matilde soltaron una carcajada y toleraron con mucha frialdad que Luisa les diese un beso, pero tan lejos de corresponder á este saludo de costumbre, se pusieron á examinar de arriba abajo el traje de Luisa mirándola descaradamente y con una sonrisa despreciativa.

—Enseñad á vuestra amiguita las muñecas y juguetes que teneis, dijo la baronesa, con el fin de que los niños se tratasen con mas confianza.

Eduardo fué el primero que vino cargado con sus caballos, coches, látigo,

peon y soldados. Las niñas sacaron tambien sus muñecas de un armario muy precioso, que estaba todo lleno de fruslerias, y sin decir una palabra las pusieron encima de la mesa delante de Luisa.

—¿Tenias tú tambien muñecas tan bonitas? preguntó Matilde á Luisa á una seña que le hizo la baronesa.

—Yo lo creo, respondió Luisa con viveza; el mismo día que partimos estaba haciendo un vestido de terciopelo encarnado para mi reina Isabel.

—¡Cómo! ¿tú misma? dijo Sara con estrañeza; pues nosotras no hacemos mas que jugar con las muñecas, y nuestra doncella es la que está encargada de vestir las.

—Mi mamá decia, replicó Luisa, que asi no se divertia una tanto, y decia bien, pues desde que empecé yo misma á hacer los trages para mis muñecas, les tomé mucho cariño.

—¡Hola, dijo Eduardo, pues ya que sabes coser tan bien, me compondrás desde hoy las sillas, mantas y riendas de mis caballos, y así no tendré que rogar tanto á la doncella para que me cosa lo que se haya roto.

Mientras Luisa estaba atendiendo á lo que decia Eduardo, se pusieron Sara y Matilde á recoger sus trastos, pero cuando los volvian al armario divisó Luisa un libro que habia en un estante.

—¡Ay! un libro, exclamó con alegría; á ver á ver; ¿tiene estampas bonitas?

—¡Que fastidio de libracos! dijo Eduardo con enfado, ¡asi los pudiera quemar todos! Tampoco Sara y Matilde son muy aficionadas á ellos.

Luisa no hizo caso de estas palabras y se puso á hojear el libro muy satisfecha. —Esta es una ballena, dijo en alta voz y señalando con el dedo á una estampa, de la cual se sacan las ballenas y la esperma, este es un lobo marino, que suele abultar tanto como un buey; este ...

Iba á continuar, cuando se abrió la puerta de la habitacion y entró el baron acompañado de un señor de bastante edad.

Apenas divisó Eduardo á los que entraban, cuando le dijo á Luisa:—Calla,

y arrebatándole el libro de entre las manos, le arrojó en el armario. Abi viene nuestro ayo y si llega á ver ese libro empezaria al instante á preguntar.

—Amigo Middleton, dijo el baron al ayo cogiendo á Luisa por la mano; aquí tiene vd. una discipula mas, que espero será muy dócil. Deseo que tome parte en las lecciones que da vd. á mis niños, y que todas las semanas me de vd. cuenta de su aplicacion y conducta.

El preceptor hizo una cortesia en seña de aprobacion y empezó á indagar en el acto los conocimientos de Luisa mediante un breve exámen, del cual quedó mucho mas satisfecho de lo que se habia imaginado. Luisa sabia leer con sentido, escribia bien y con bastante ortografía, contaba con perfeccion y respondió á la mayor parte de las preguntas que se la hicieron en historia natural y geografía: tampoco ignoraba doctrina cristiana ni las obligaciones del hombre. El señor de Middleton no pudo ocultar lo contento que estaba con su nueva discipula; el baron y su esposa hubieran querido que sus hijos se hallasen tan adelantados como Luisa, y Eduardo la miraba con cierto respeto, pero sus hermanas con mucha envidia.

Estando despues en la mesa echó Luisa de ver una guitarra que habia colgada en la pared enfrente de ellas y dirigiéndose á los niños del baron, les preguntó:—¿Quien de vosotros sabe tocar la guitarra?

—Ninguno, contestó Eduardo. El señor de Middleton nos quiso enseñar una vez pero no tuvimos gana de aprender.

—Tú nos darás un buen rato tocando alguna cosita, dijo el baron haciendo una seña al ayo, y este descolgó inmediatamente el instrumento y despues de templarle se le alargó á la niña. A pesar de su rubor no se hizo Luisa de rogar, y despues de un corto preludio entonó con voz trémula pero muy grata esta cancioncita:

Sigue sa marcha el anciano:
Ruge el viento embravecido,
Y la niña sin sentido
Creana se ve á espirar;

Mas Dios vela todavía
Desde el cielo por su suerte,
Salvándolos de la muerte
La mano de su piedad....

Las lágrimas la impidieron continuar, y poniendo la guitarra á un lado, se dirigió con los brazos abiertos hácia su tío, el cual la estrechó en los suyos con ternura.

—¿Porqué te vas tan pronto? la preguntó el baron, viendo que se disponia á toda prisa para marcharse.

—¡Mi pobre Pablo, exclamó Luisa, cómo me echará de menos! Yo soy suñi-

co consuelo y ¿quiere vd. que me quede aquí mas tiempo?

No hubo forma de hacerla mudar de propósito y así se volvió corriendo á la alqueria, donde encontró á Pablo sentado á la puerta, muy triste, y cargado otra vez con un madero figurándose que era su Luisa. Así que oyó la vez de esta, arrojó al momento el leño y se puso tan contento como un niño que vuelve á ver á su madre despues de creerla perdida.

GUSTAVO NIERITZ.

(Se continuará.)

APUNTES MORALES.

EL NIÑO ORADOR.

En una sala alumbrada con el crepúsculo de la tarde, Marcos se paseaba leyendo en voz baja un discurso que debía pronunciar á la mañana siguiente en el Gran Consejo, cuyo discurso tenia por objeto decidir una cuestion harto interesante que hacia mucho tiempo se agitaba en Génova, y á pesar de que Marcos era uno de los consejeros mas jóvenes se preparó á este espinoso trabajo, fiado no solo en su buena inteligencia sino en la incontestable autoridad que ejercia sobre los otros compañeros. Pero desgraciadamente esta inteligencia estaba oscurecida por el torbellino de sus pasiones, de suerte que solo lo que él amaba, le parecia verdaderamente justo, y jamás se cuidaba de dominar las exigencias de su interés personal, imaginando por lo tanto, que al procurar su bien procuraba el de los demas. Así pues tambien ahora el discurso que tenia preparado estaba concebido y redactado segun sus descos, es decir, por las inspiraciones de su razon, lo cual ignoraba, porque

el egoismo no consintió que se apercibiera de ello.

Al mismo tiempo que Marcos acabó de repasar su discurso, una estrepitosa carcajada llegó á sus oídos y dirigió sus miradas hácia una puerta que se abrió de repente: su aspecto poco antes pensativo se despejó, y encaminó sus pasos hácia la pieza inmediata en cuyo dintel se detuvo, enmudeciendo ante el extraño espectáculo que se presentaba á sus ojos.

En medio de una habitacion por la cual rodaban una infinidad de juguetes, estaba su esposa arrodillada y sosteniendo entre sus brazos á uno de sus hijos, mientras que los otros dos retozaban á sus pies. A cierta distancia se encontraba su hermana sentada al lado de su novio, cuyos espectadores sonreian á la vez.

La madre acariciaba al niño medio desnudo en su seno y se empeñaba en hacerle dormir; mas el niño resistiéndose á ello lanzó un grito de alegría cuando vió á Marcos y abrió sus bracitos.

—Fritz no quiere acostarse, exclamó; Fritz es un hombre y quiere quedar despierto como el padre.

—El padre, vela por el reposo de to-

dos nosotros, respondió la jóven, mirando á Marcos con ternura. Fritz, no vale el papel que el *padre* tiene en la mano.

—¿Y qué es lo que hay en este papel? preguntó el niño.

—Un discurso que ha de leerse mañana en el Gran Consejo.

—¿El Gran Consejo... es aquella sala encarnada, donde hay una mesa muy larga y hombres que hablan muy alto? Nosotros hemos acompañado al *padre* hasta la puerta una vez. ¿Y qué es lo que se dice en el Gran Consejo?

—Se dice lo que es necesario observar para que todos sean dichosos en Génova.

—¿Y es para eso para lo que el *padre* hace estos discursos?

—Ciertamente.

El niño tomó desde este momento cierto aire de importancia que contrastaba maravillosamente con su edad.

—Entonces, dijo el niño con gravedad, Fritz debe hacer otro tanto.

Marcos y su jóven esposa no pudieron menos que reirse.

—¿Y qué diría Fritz? preguntó el primero sonriendo.

—Que se me conduzca al Gran Consejo, repuso el niño, y el *padre* lo verá.

—Bueno, contestó Marcos. Supongamos que estamos ya en el Gran Consejo.

Y cogiéndole entre sus brazos le puso encima de un cofre.

—Fritz se encuentra en la tribuna; veamos lo que dice.

—Pero si no estamos en aquella sala grande vestida de encarnado, observó el pequeñuelo.

—No importa, repuso Marcos; escuchemos á Fritz que vá á pronunciar su discurso.... que todo el mundo permanezca silencioso.

Y se arrodilló al pié del cofre á fin de sostener al niño con uno de sus brazos; los otros dos pequeñuelos interrumpieron sus juegos y alzaron la cabeza para mirar á su hermanito; la madre, su hermana y el futuro esposo de esta no cesaban de contemplar al inocente orador con la sonrisa en los labios, al verle puesto de pies sobre el cofre, sos-

teniendo con su mano una de aquellas grotescas figuras de madera que se trabajaban entonces en los talleres de Nuremberg y se esparcían por toda la Europa.

—Vamos, exclamó Marcos, ¿qué es lo que Fritz quiere decir en el Gran Consejo? Fritz tiene la palabra.

El niño entonces levantó con dignidad uno de sus brazos conforme lo había visto hacer á su padre cuando estudiaba su discurso.

—¿Gran Consejo! dijo el niño con voz clara y sonora, puesto que estais aquí para mandar poner en práctica todo aquello que debe hacer dichoso á todo el mundo, yo ruego que hagais disminuir el precio de los juguetes: que se quemem todos los alfabetos y demas libros de la escuela, y que se dé á todos los niños una cabra blanca como la que tiene la hija de nuestro vecino.

Todos lanzaron estrepitosas carcajadas, y el niño tomó aliento.

—Adelante, adelante, exclamaron, la madre y la tia.

—Ademas, continuó el joven orador, pido al Gran Consejo, que echen de la ciudad al herrero y su perro porque de ambos tiene Fritz mucho miedo.

—¿Y qué mas? añadieron todos.

—Ultimamente, Gran Consejo, Fritz pide que se permita á los niños acostarse tan tarde como ellos quieran, y entonces todo el mundo será dichoso, porque Fritz no tendrá mas que desear.

El pequeño número de espectadores comenzó á reir y hablar á un tiempo.

—Esta es la verdadera elocuencia política.

—Fritz es ya tan egoista como un hombre.

—Su discurso, puede servir de lección á mas de un miembro del Gran Consejo.

—¡Oh! teneis razon, interrumpió Marcos, que era el único que no reia. Debiamos á imitacion de Jesucristo, dejar venir los niños hácia nosotros, porque con sus cándidas palabras nos enseñan lo mismo el bien que el mal, á la vez que suelen suministrarnos una severa leccion.

En seguida estrechó tiernamente á su hijo sin hablar mas sobre el asunto;

la mayor parte de aquella noche la empleó en preparar un nuevo discurso, y á la mañana siguiente, merced á su grande influencia, discutióse la cuestion y en lugar de decidirse el Gran Consejo,

por el bien de un corto número de ciudadanos, como antes se habia querido hacer, fué resuelta *para el bien de todos.*



AMOR PROPIO. El amor propio de los necios hace tolerar el de las personas de talento, pero no le disculpa.

Levis.

Lo que se gasta con profusion se quita á sus herederos, lo que se ahorra sórdidamente se lo quita uno á sí mismo: el medio es lo justo para sí y para los demás.

Idem.

El amor propio es el amor de sí mismo, y de todo para sí: hace á los hombres idólatras de sí mismos, y les haría tiranizar á los demás si la muerte le proporcionase los medios de conseguirlo.

La Rochefoucauld.

ACCION. El que ataba con sinceridad una buena accion tiene parte en ella.

La Rochefoucauld.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

EL DANZARIN.

¡Qué alegre estaba Federico cierto día que bailaba en derredor de un cubo de agua colocado en medio del patio de su casa! No tenía límites su regocijo; batía las palmas, reía, cantaba, y de modo tan exagerado hacia ver su estremo contento que atrajo la curiosidad de sus padres, los que asomándose á una ventana que daba al patio, vieron llenos de admiracion estas singulares demostraciones de alegría; pero ignorando la causa que las produjera, y deseosos de averiguarla bajaron al patio, precisamente en ocasion en que Lidora, la gata de la casa, daba tambien vueltas en derredor del cubo, y tristemente mayaba; pero Federico sordo á los clamores del pobre animal, seguía cantando como complaciéndose en sus quejidos; Lidora entonces impulsada tal vez por un instinto de venganza, se avalanzó á Federico y clavó las uñas en su cabeza. Ya Federico no canta, que llora, y en medio de los mas grandes gritos pide que le socorran. Sus cariñosos padres que por fortuna llegaron en este momento, seguros de presenciar una escena diferente, acuden presurosos á Federico, y no sin trabajo logran evitar que la gata se cebe por mas tiempo en la rubia cabellera del niño. En tanto que la madre atiende á socorrer y consolar á su hijo, el padre se aproxima al cubo, como quien procura indagar el origen de cuanto pasaba.

—Magdalena, dijo volviéndose á su esposa. No trates de consolar á Federico; cuanto le pasa le está muy bien empleado.

—¿Qué ha hecho el niño?

—Ven, acércate y verás los pobres hijitos de Lidora nadando en el agua

del cubo: mira pues, en lo que nuestro niño se complacia.

—El cielo te ha castigado, Federico, exclamó la madre á su hijo, mientras que don Antonio, su papa, sacaba los gatitos del cubo y los restituía á Lidora, cuyos clamores fueron entonces menos amargos.

Lidora subía la escalera delante de don Antonio y de vez en cuando volvía la cara y mahullaba con ternura como dando gracias al compasivo conductor de sus hijos, los que habiendo sido colocados en la camita donde habian nacido, la madre los acogió con dulces alhagos, acariciándolos y dándoles su calor: los gatitos crecieron y al cabo de algun tiempo fueron tan graciosos y tan bonitos como Lidora, conservando siempre una grande aversion al cubo del agua del patio, pues para ellos era un río.

En cuanto á Federico, baste decir que por espacio de quince dias tuvo que andar vendado y sufriendo las consecuencias de los arañazos de Lidora, avergonzándose al recordar el motivo de sus padecimientos; mas esto le escarmentó de tal manera, que siempre que buscaba una distraccion consultaba consigo mismo con el fin de ver si su diversion era dañosa para alguno. Sirva este cuento de leccion para los niños, y sin poner á prueba sus malas inspiraciones, recuerden lo que sucedió á Federico.

EL NIÑO PREGUNTON.

Era un hermoso dia de primavera y Emilia con su niño de la mano contemplaba el progresivo desarrollo y la hermosura de las plantas de su jardín. Mientras que Emilia miraba las flores, el niño miraba al cielo.

—¿Qué miras, hijo mío? preguntó la madre al verle tan absorto y contemplativo.

—Mamá, exclamó el niño, quiero preguntarte una cosa.

—Dí lo que quieras.

—¿Porque no alumbrá el sol también de noche? Se vería más, y á mí me gusta mucho la claridad.

—Hijo mío, respondió la cariñosa madre, porque el sol es precisamente lo que constituye el día, si el sol alumbrase también de noche, este dejaría de existir.

Hipólito que así se llamaba el niño quedó algo confuso con la respuesta de su mamá; pero por último llegó á comprender lo que se le había dicho.

Cierta noche pasaba con su mamá por una ancha calle en ocasión que la luna lucía en el cielo en todo su esplendor y magestad.

—Mamá, dijo Hipólito, esta es otra luna que la de antes de ayer; brilla mucho más.

—Hijo mío, es la misma de siempre sino que herida con mayor vehemencia por el sol, del cual es un reflejo, alumbrá más que la otra noche.

—Mamá ¿quién ha hecho estas dos cosas tan bonitas.

—Dios, que ha formado á tu madre y me ha dado un hijo.

—¿Cómo me gusta ese Dios madre mía!.. Dime, ¿no hay más que un Dios en el cielo?

—Nada más que uno.

—¡Ah! yo me alegro mucho de eso.

—¿Porqué?

—Porque habiendo dos se pegarían, y entonces dejaría Dios de ser bueno.

Un pobre demandó una limosna; el niño pidió á su madre una moneda y la puso en manos del mendigo, el que habiendo casualmente escuchado las últimas frases de Hipólito, le dijo:

—Dios te lo premie, hijo mío, pero nunca le compares ni le midas por las acciones de los hombres.

La avaricia de los padres con los hijos es un vicio que no tiene excusa: les deánima, enviece é incita á engañar; les

hace frecuentar malas compañías, y cuando llegan á ser dueños de su hacienda, dan en la crápula, ó en tener un lujo esesivo que no tarda en arruinarles. La conducta más prudente, que los padres deben observar con sus hijos, sobre este particular, es poner más cuidado en conservar su autoridad natural, que su bolsillo.

Bacon.

AVARICIA. La pobreza carece de muchas cosas, la avaricia carece de todo.

La Bruyere.

La ilusión del avaro es el creer que el oro y la plata son bienes reales y efectivos, cuando únicamente son los medios de adquirirlos.

La Rochefoucauld.

ARREPENTIMIENTO. El que oculta sus crímenes no prevalecerá, pero el que los confiesa y se arrepiente conseguirá misericordia.

Salomon.

Más júbilo habrá en el cielo por un solo pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan enmienda.

Evangelio.

Es preciso hacer lo que los demás hacen: máxima sospechosa que casi siempre significa: es menester obrar mal, en cuanto se estiende más allá de aquellas cosas puramente exteriores que no tienen consecuencia, y dependen del uso de la moda ó del decoro.

La Bruyere.

ANIMALES Querer á los animales y cuidarlos es prueba de buena índole.

Cristina.

AMOR. El amor es semejante á una montaña cuya cumbre no ofrece descanso alguno: en llegando á la cima hay que bajar.

Levis.

LEYENDAS HISTORICAS.

AVENTURAS MARAVILLOSAS DE LYDERICO,

PRIMER CONDE DE FLANDES.

(Continuacion.)

A una peticion tan estraña y á la vista de un jóven que ni aun tenia pelo

de barba, los que le oyeron se echaron á reir; pero el maestro Mimer le dijo:

—Acepto tu proposicion; mas es preciso que ahora sepa yo si tienes bastante fuerza para levantar un martillo.

Lyderico sesonrió: entró en la herrería cogió el martillo mas pesado, y haciéndolo revolótear con una sola mano en derredor de su cabeza, como un niño lo hubiera hecho con un mazo de madera, dió tan recio martillazos sobre el yun-



que que lo hundió en la tierra cerca de un pié, y antes que el maestro Mimer y sus compañeros hubiesen vuelto de su sorpresa, habia dado tres martillazos mas con la misma fuerza que el anterior, tan de buena ley que al yunque le faltaba muy poco para desaparecer.

—Y ahora, dijo Lyderico colocando el martillo en su lugar, ¿creéis, maestro Mimer, que soy digno de ser vuestro aprendiz?

El maestro Mimer quedó estupefacto; se aproximó al yunque creyendo que

era un sueño lo que veia, y procurando sacarle de la tierra donde se habia hundi- do no pudo conseguirlo, por lo cual dispuso que sus compañeros le ayudasen; mas todos sus esfuerzos fueron enteramente inútiles; entonces se trajeron palancas, cuerdas y otras herramientas para la maniobra; pero ni estas ni las cuerdas, ni las palancas sirvieron para poder mover el yunque; Lyderico tuvo compasion de estas pobres gentes, y haciendo una seña para que se apartáran, se acercó al yunque y le arrancó con

la misma facilidad que el hortelano aranca un rábano de una huerta.

El maestro Mimer se guardó bien de rehusar á semejante compañero, pues al primer golpe de vista comprendió la utilidad que podía reportarle, y por consiguiente se apresuró á decirle que aceptaba las condiciones que le habia propuesto, porque temia se arrepintiese y exigiera otras ademas; pero Mimer ignoraba que Lyderico no tenia mas que una palabra, el cual acto continuo quedó instalado en la herrería del maestro Mimer, con la denominacion de tercer compañero ú oficial.

Todo marchó desde entonces á las mil maravillas: Lyderico escogió la barra de hierro que le pareció conveniente, y sin dejar de cumplir la palabra que habia dado á Mimer, relativamente á su trabajo, merced á las dos horas que diariamente se reservaba, sin lecciones de ninguna especie, y nada mas que imitando lo que veia hacer á los otros, logró á las seis semanas concluir la espada mas brillante que habia salido del obrador del maestro Mimer. Tenia la espada cerca de seis pies de largo, y tanto la hoja como la empuñadura, estaban construidas de una misma pieza, teniendo aquella un temple tal, que lo mismo partia el hierro que la madera, y la empuñadura estaba tan artificiosa y delicadamente trabajada, que se hubiera dicho que semejante obra, mas bien era trabajo de un genio que de un hombre.

Lyderico puso á su espada el nombre de Balmung.

El maestro Mimer, cuando vió la espada que habia hecho su aprendiz, se sintió celoso, pues conociendo su destreza y habilidad, pensó que podría perjudicarle, si algun dia le daba gana de establecerse en el canton, y mas se afirmó en este pensamiento, cuando vió que Lyderico le suplicó que le tuviese tres meses mas en su herrería, cuyo tiempo necesitaba para hacer el completo de su armadura, cuya peticion le hizo concebir la idea de que los caballeros que viesen la obra de su oficial, desdeñarían la obra del mismo maestro, de modo, que al tiempo que aparentaba aceptar con gusto y bajo iguales condiciones esta próroga de aprendizaje, buscaba los me-

dios de desembarazarse de su aventajado discípulo. En este momento el oficial mayor Hagen recelando que el recién venido ocuparia su lugar, se acercó á Mimer y le dijo:

—Maestro, sé lo que estais pensando, enviad á Lyderico al Bosque-Negro para que haga carbon, y sin remedio será devorado por el dragon.

Con efecto, habia entonces en el Bosque-Negro un dragon monstruoso que habia devorado á muchas personas, por lo que nadie se determinaba á pasar por allí; pero Lyderico ignoraba esto porque jamás habia salido de las cercanias de la gruta del anacoreta.

Mimer tomó el consejo de su oficial y dijo á su aprendiz.

—Lyderico, el carbon comienza á faltarnos, seria conveniente que fueses al Bosque-Negro y renovaras nuestra provision.

—Está muy bien, maestro, contestó Lyderico, iré mañana.

Por la noche, Hagen, habló con Lyderico, y le aconsejó que fuera á hacer el carbon á un sitio llamado la Roca-Llorona, añadiendo que era allí precisamente donde encontraría las mejores encinas y las hayas mas fuertes: Hagen, le indicó este parage porque era en el que el dragon habitaba con mas frecuencia; pero Lyderico sin abrigar la mas leve sospecha del lazo que le tendian, pidió esplicaciones relativas al camino que debia tomar, y resolvió ir al dia siguiente al lugar que le señalaban para hacer su carbon.

Al otro dia, como se dispusiese á partir subió á su aposento el mas jóven de los oficiales: este era un muchacho de agradable fisonomía; su cara era redonda, sus cabellos rubios y largos, y sus ojos azules y grandes. Llamábase Peters, y era tan bueno como malvados los otros oficiales: como era el último de todos, habia sufrido mucho por parte de sus compañeros, hasta que Lyderico entró en la herrería, que habiéndose constituido su defensor, nadie osaba decirle nada ni hacerle daño.

Peters iba á decir á Lyderico que no fuese al bosque porque en él habia un dragon: pero Lyderico soltó una carcajada dando gracias á su amigo por la

buena intencion, no dejando por eso de disponerse á marchar al bosque; pero llevando consigo á su Balmung, que indudablemente hubiera dejado á no estar advertido de lo que pasaba. Mimer le preguntó entonces, porque llevaba la espada, y Lyderico le contestó que para cortar las encinas y las hayas en el sitio donde pensaba hacer el carbon: y habiéndose vuelto á informar por Hagen del camino que conducia á la Roca-Llorona, se ausentó regocijado y sin temor de ninguna especie.

Cuando llegó al Bosque-Negro, temiendo equivocarse preguntó á un campesino donde estaba la Roca-Llorona, y el preguntado creyendo que Lyderico ignoraba el peligro que habia en dicho parage, le respondió que indudablemente iba engañado, puesto que la roca por la cual preguntaba servia de caverna á un dragon que habia devorado á mas de mil personas, á lo cual Lyderico contestó, que leera preciso hacer carbon en ese sitio, porque le habian informado que allí era donde encontraría las mejores encinas y las hayas mas fuertes, y que en cuanto al dragon, si osaba presentarse á su vista, él le cortaria la cabeza con Balmung.

El campesino, creyendo que Lyderico estaba loco, le indicó el camino que preguntaba, alejándose en seguida á todo escape y haciendo la señal de la cruz.

Nuestro jóven y atrevido caminante se internó en el bosque, y despues de haber andado poco mas de una hora en la misma direccion que le habia señalado el campesino, vió las encinas y las hayas que tenia que cortar de la estancia del dragon: ademas observó la tierra que estaba de tal modo sembrada de huesos humanos que apenas se encontraba un sitio donde poner los pies: habiendo andado un poco mas apercibió una enorme piedra al pié de la cual se veia la abertura que prestaba paso á una caverna, y como esta piedra estaba mojada toda ella Lyderico reconoció la Roca-Llorona.

Pensó que lo que mas urgía en aquel momento era ejecutar las órdenes del maestro Mimer, y en su consecuencia escogió un sitio donde establecer su horno: hecha esta eleccion, dió tan

fuertemente con su Balmung sobre los árboles que le rodeaban, que en menos de un cuarto de hora levantó una pila de leña á la que al punto pegó fuego.

A los primeros golpes que resonaron en el bosque, el dragon se habia despertado, y alargando su cuello desde el sitio donde estaba, hasta asomar la cabeza por la entrada de su caverna, observó Lyderico que le miraba con flamígeros ojos; pero no pensó por eso en interrumpir su tarea hasta tanto que el dragon le acometiese. Sin embargo, bien fuese porque el monstruoso animal se encontrase repleto, ó porque conociese que el jóven tenia que trabajar, permaneció en la misma disposicion todo el tiempo que Lyderico se ocupó de encender una pila de leña; pero cuando vió brillar las llamas, comenzó á silbar y de tal manera, que otro que no fuese Lyderico hubiera huido lleno de espanto. Entonces el valeroso jóven á fin de escitar mas á su infernal enemigo cogió de la hoguera un tizo ardiendo y le arrojó violentamente á su cabeza.

El mónstruo que se vió provocado de un modo tan directo, salió de la caverna, desenrolló su ensortijada cola y batiendo las alas se avanzó á Lyderico, que despues de haber hecho un corto ruego á la divinidad le esperó en la mitad del camino. Al instante se empenó una terrible lucha, durante la cual, lanzaba el dragon tan horribles silbidos, que los animales que estaban á dos leguas de distancia salieron de sus madrigueras para huir: solamente un ruiseñor quedó tranquilamente sobre la rama de un árbol mientras duró el combate, animando con su canto á Lyderico. Por último herido el dragon á fuerza de tantas estocadas, se declaró en retirada dejando el campo de batalla cubierto con su propia sangre; pero Lyderico cogió un tizon encendido, persiguió al mónstruo hasta su caverna, donde tambien entró Lyderico, y al cabo de diez minutos apareció, trayendo, como el caballero persa, la cabeza del dragon en la mano.

El ruiseñor, al verle venir tan victorioso comenzó á cantar:

«Gloria á Lyderico, al jóven piadoso que ha puesto en Dios su confianza y no

en sus propias fuerzas. Despójate de tu vestido, báñate en la sangre del monstruo y llegarás á ser invulnerable.»

Lyderico tomó el consejo que le daba el ruiseñor, y acto continuo se desnudó y entró en el mar que se habia formado con la sangre del dragon; pero al atravesar este mar cayó una hoja de tilo sobre su espalda, á la cual se quedó pegada, pues despues de una lucha tan tenaz y continuada, la piel del jóven estaba húmeda por el sudor: no bien se hubo mojado con la sangre del monstruo cuando todo su cuerpo se cubrió de escamas, excepto el parage donde habia caído la hoja de tilo.

Aquella misma noche, como ya tenia hecho su carbon, llenó un gran saco y le echó sobre su espalda, y cogiendo en la mano la cabeza del dragon, se dirigió á la herrería del maestro Mimer donde llegó á la mañana del siguiente día.

Es inexplicable la admiracion de Mimer y la de los otros oficiales cuando vieron entrar á Lyderico que ya creian devorado por el dragon. No obstante, cualquiera que fuese el sentimiento que experimentasen al verle volver sano y salvo, todos le pusieron buena cara, y especialmente Hagen, que por nada de este mundo hubiera querido que el jóven llegase á comprender el lazo fatal que le habia tendido; pero tanto el maestro, como el oficial mayor aumentaron el ódio hácia Lyderico, y sin pérdida de momento inventaron nuevos ardides para poner en peligro la existencia de su rival; mas el jóven no dió lugar á que este crimen se cometiera, pues aquel mismo día significó al maestro Mimer, que habiéndole dado, á escepcion de dos horas por día, las semanas del tiempo correspondientes al cambio de su barra de hierro, estaban en paz, y en su consecuencia se llevaba á Balmung para recorrer el mundo y buscar aventuras, del mismo modo que lo hacian los caballeros que venian todos los dias á comprar armas á la herrería. Mimer dijo entonces á Lyderico, que no tenia bastante con una espada para llevar á cabo una empresa semejante, y que necesitaba ademas una coraza; pero el jóven le contestó, que el resto de la

armadura le era enteramente inútil en atencion á que despues de haber dado muerte al dragon se habia bañado en su sangre, lo cual le habia hecho invulnerable, excepto en un solo lugar donde le habia caído una hoja de tilo.

Mimer y Hagen hubieran deseado saber cual era el sitio donde habia caído la hoja; pero no se determinaron á hacer esta pregunta temerosos de inspirar sospechas al jóven; se despidieron de él aparentando el afecto mas entrañable, y como Judas, besaron la mano de aquel á quien habian querido hacer traicion.

Lyderico buscó por todas partes á Peters para darle el adios de despedida, y no le pudo encontrar; pero á unos cien pasos de la herrería, encontró al tímido muchacho que le esperaba detras de un árbol.

—Hermano, dijo á Lyderico creyéndole su mejor compañero: los oficiales de la herrería me odian porque te amaba y no me atrevo á volver á reunirme con ellos. Tú eres fuerte y yo debil, ¿quieres que te acompañe? Tú me defenderás y yo te serviré.

—Bueno; vente, le respondió Lyderico.

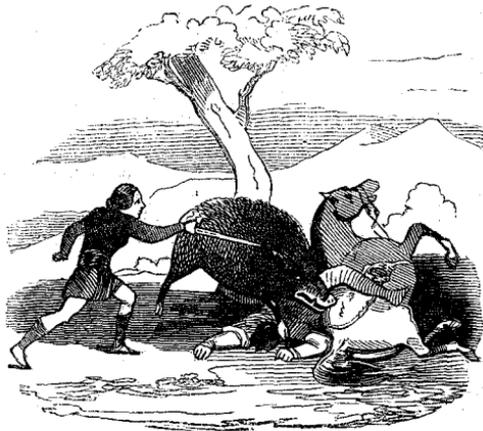
Y el muchacho y el valiente jóven se pusieron alegremente en camino.

De este modo caminaron quince dias sin saber donde se encontraban, comiendo raices, bebiendo agua, durmiendo al pié de los árboles de los bosques, y confiando en Dios, en cuyas poderosas manos habian puesto su destino.

A la caída de la tarde del día quince de este viage, llegaron á un bosque muy espeso desde donde escucharon los ladridos de una jauría y el sonido de las bocinas de los cazadores. Lyderico se dirigió entonces hácia el sitio de donde nacia el ruido, pues era estremadamente aficionado á esta clase de pasatiempos que le representaban la guerra, por lo cual llegó á una encrucijada donde vió á un monstruoso jabalí arrinconado en un escarbadero y resistiéndose contra los perros que le acosaban. A este tiempo un caballero ricamente vestido y cabalgando un magnífico caballo, habiendo precedido á los demas compañeros de caza á distancia de dos tiros de

ballesta, acudió por una de las veredas, con un venablo en la mano; y sin esperar á los que le seguían se arrojó sobre el jabalí y le hirió valerosamente con su arma; pero furiosa la fiera por el dolor de su herida, abandonó á los perros y se fué derecho contra su antagonista, pasó por entre las piernas del caballo, al cual abrió el vientre, y de tal modo que sus tripas cayeron en tierra,

por lo que el animal sintiéndose tan cruelmente herido se dejó caer sobre su amo. Al momento el jabalí herizando su cerda y castañeteando con su dentadura se lanzó sobre aquel que le había herido á fin de despedazarle; pero Lyderico de un salto se colocó entre el animal y el derribado caballero, y de una sola estocada que dió al jabalí le atravesó de parte á parte; acudió en se-



guida en socorro de aquel á quien acababa de salvar la vida y le quitó el caballo de encima, durante lo cual Peters cortaba la cabeza del jabalí y la presentaba á Lyderico, quien la puso á los pies del cazador, conceptuando que á este le pertenecía de derecho.

En este instante llegaron los demás cazadores, los que apeándose de sus caballos se apresuraron á preguntar á su noble compañero si estaba herido; pero este presentando á Lyderico á los señores que le rodeaban contestó:

—Los que han recibido un placer en verme sano y salvo, den las gracias á este jóven, pues á él solamente debo la vida.

Al punto la numerosa comitiva, cercó á Lyderico, quien recibió de ella los mas estremados cumplimientos, cuyas

demostraciones miraba el jóven lleno de admiracion, puesto que lo que acababa de hacer le habia parecido una cosa muy sencilla y natural. En fin, fueron tantos los homenajes que le rindieron, que Lyderico creyó que aquella gente estaba loca, y preguntó en que país se encontraba y quien era el hombre que acababa de salvar. Los cortesanos le respondieron que se hallaba en el bosque de Braine, y que el caballero al cual habia salvado la vida, era el rey Dagoberto.

Lyderico que conocia de voz y fama la prudencia y valor de este príncipe, cuyo nombre, en lengua teutónica quería decir *brillante espada*, se adelantó modestamente hácia él y poniendo una rodilla en tierra, le hizo un acatamiento tan distinguido y particular, que

Dagoberto no pudo menos de conocer que tenia delante un jóven de una condicion que no armonizaba con la humilde apariencia de su vestido, por lo que haciendo que se levantase, al instante le preguntó de donde venia y quien era.

—¡Ay, señor! respondió Lyderico, no puedo contestar mas que á la primer pregunta de las dos que me haceis. Vengo del bosque de Sans-Merci: que está situado en las cercanias del castillo del principe de Buck, sin haberme detenido mas que seis semanas en la herreria del maestro Mimer, de cuyo tiempo tuve necesidad para fabricarme esta espada. En cuanto á lo que soy puedo deciros que no me conozco á mi mismo, porque fui encontrado en un matorral cerca de la fuente del Sauce, por un digno ermitaño que me ha dado educacion, de cuya tumba jamás me hubiese separado, si un ruiseñor no me hubiera dicho que el primer deber de un hijo era el de procurar buscar á su madre. Entonces me puse en camino poniendo á Dios por guia, el que me ha conducido por el mejor carril, puesto que he llegado á muy buen tiempo al parage donde tenia que salvar la vida al mas grande de los reyes de la cristiandad.

—Si, tienes razon, hijo mio: es Dios quien aqui te ha conducido, repuso el rey Dagoberto, pues acaso pueda yo darte conocimiento de lo que ignoras. Eloy, continuó el rey volviéndose hácia el digno obispo de Noyon que era á un mismo tiempo su tesorero y su ministro, ¿qué habeis hecho de la carta que recibimos esta mañana de nuestra noble vasalla la princesa de Dijon, la señora Ermengarda de Salwart, cuyo principado pusimos en tutela creyéndola muerta, y que no es mas que la prisionera del principe de Buck?

—Aqui la teneis, señor, dijo Eloy. Era una carta que la princesa de Dijon habia logrado que llegase á manos del rey por uno de los guerreros del principe de Buck, á quien habia ganado Ermengarda dándole uno de sus anillos valor de seis mil libras tornesas.

El rey tomó la carta y la leyó.

Palabra por palabra, referia el modo

con que su esposo habia sido sorprendido y atacado en el bosque de Sans-Merci por el principe de Buck y sus soldados; referia ademas la manera con que se habia dejado escurrir del caballo con su niño, y depositádole en un matorral cercano á una fuente rodeada de sauces; y en fin que esperanzada en que Dios velaria por él, le habia dejado allí para reunirse á su esposo herido, que falleció á la noche siguiente: que despues de esto quedó prisionera del principe de Buck, porque no habia consentido en ceder parte de su principado de Dijon, porque le contemplaba como una herencia debida á su hijo.

En su consecuencia, suplicaba al rey Dagoberto, no que la libertase de las manos de un tirano opresor, pues no queria perjudicar á su soberano haciéndole sostener una guerra contra un vasallo tan poderoso como el principe de Buck, sino que buscarse su hijo que ya debia tener diez y ocho años, y le diera el principado de Dijon que era la herencia de su padre.

Esperaba ademas, que no fuese difícil reconocer á su hijo, porque llevaria consigo un rosario que ella misma le habia puesto al cuello, del cual pendia una medalla con la efigie de la Virgen.

Todo el tiempo que duró la lectura de la carta, Lyderico habia estado escuchando con las manos cruzadas y derramando un torrente de lágrimas; pero cuando se acabó de leer el último párrafo lanzó un grito de alegria, abrió su vestido y enseñó al rey la medalla y el rosario.

Dagoberto quiso primero entenderse directamente con el principe de Buck y vengar el asesinato de Salwart y la injusta prision de Ermengarda; pero Lyderico echándose á sus pies reclamó como derecho que le pertenecia la venganza de su padre y de su madre, y con tan vivas instancias que el rey no pudo menos que acceder á su demanda, autorizándole para que desafiase á Phinard, prometiéndole ademas al jóven armarlo de caballero y servirle de padrino en caso de que Phinard aceptase el desafio.

En su consecuencia el monarca or-

denó que el heraldo de Francia se dispusiese para desafiarse al príncipe de Buck; pero Lyderico dijo al rey que puesto que aquello era un negocio particular, un heraldo particular debía también ser el encargado de llevar sus cartas de desafío. Convencido Dagoberto de estas razones dejó á Lyderico libre la elección de un heraldo, obligándose tan solo á dar á este un séquito digno de un príncipe. Lyderico escogió á Peters pues aun que apenas contaba catorce años conocía tan á fondo la grande amistad que le profesaba que mas bien quiso confiar en él que en ningun otro.

Peters partió acompañado de seis escuderos y de veinte hombres armados, y atravesando toda la Picardía, entró en Flandes llegando hasta el castillo de Phinard que se elevaba en el mismo parage donde hoy está situado el puente de Phin en la ciudad de Lila que en la época á que nos referimos no existía. Llegó delante de la puerta y se detuvo mandando hacer alto á la tropa que le acompañaba, y en seguida tocó la bocina á cuya señal el centinela salió de su atalaya y preguntó lo que quería: Peters, contestó que el negocio que traía no era para tratarse con criados sino con el dueño de la fortaleza, y que por lo tanto le fuese á buscar. El soldado, en consecuencia de una contestación tan llena de arrogancia y en vista del séquito que acompañaba al altivo interlocutor, juzgó que este tenía el competente derecho para hablar de esta manera, y corrió á prevenir al príncipe de Buck de cuanto pasaba. Este que á la sazón se estaba desayunando se volvió con mal ceño hácia el mensajero que tan inoportunamente le interrumpía, pues gustaba mucho de la tranquilidad durante la mesa, por lo que se imponían penas estremadamente rigorosas á los que llegaban á quebrantar estas órdenes, de manera que ya habia mandado á dos de sus guardias que cogiesen al soldado y le moliesen á palos; mas este con la mayor humildad dijo á su señor, que se habia tomado la libertad de entrar en aquella ocasion, porque la persona que allí le enviara venia seguido de escuderos con libreas del rey de Francia, lo que era muy fácil conocer por las flores

de lis de que su capa estaba sembrada. A estas palabras el príncipe de Buck se levantó de la mesa con precipitación, porque como el rey de Francia era su señor y soberano y en quien reconocia prudencia y valor, no quiso por nada del mundo tener contienda con él, y fué á la muralla para asegurarse si el soldado le habia dicho la verdad, ó se habia deslumbrado con alguna falsa apariencia; pero al primer golpe de vista que echó sobre aquel conjunto de gente armada que se habia detenido á la puerta de su castillo, no dudó que eran criados del rey Dagoberto. Acto continuo mandó bajar el puente levadizo, á fin de recibir con los honores debidos á los que llegaban á hablarle en nombre de su soberano; pero Peters que oyó esta orden alzó la mano como dando á entender que quería hablar, y todos permanecieron atentos y silenciosos.

—Príncipe de Buck, dijo Peters, es inútil que mandes levantar el rastrillo para que bajen el puente levadizo, porque no he de entrar en tu castillo, pues pertenece á un traidor y un asesino; escucha desde ahí y en presencia de todos lo que voy á decirte:

«Vengo en nombre de tu señor y soberano, el muy grande, el muy bueno, y muy noble rey Dagoberto, á decirte que te intima para responder en el término de un mes ante los pares del reino á los cargos y acusacion que te hace mi dueño el muy alto y poderoso señor Lyderico príncipe de Dijon, hijo del muy noble príncipe de Salwart y de la muy virtuosa señora Ermengarda. En primer lugar, relativamente al crimen cometido, contra su padre traidoramente asesinado por tí en los bosques de Sains-Merci, y en segundo lugar, con respecto á la detencion injusta y cruel que hace diez y ocho años sufre su madre en tu castillo. Por último, el señor Lyderico, mi dueño, quiere á todo trance combatir contigo, á pié, á caballo, con lanza, espada ó daga, y en señal de desafío, aqui queda el guante de mi señor que me manda clavar á la puerta de tu castillo.»

Dicho lo cual se adelantó hácia la puerta sobre un caballo y clavó en ella el guante con su daga.

El príncipe de Buck que sabía en ocasiones tener la paciencia de un anacoreta, escuchó este insultante desafío de punta á cabo sin dar la mas leve señal de inquietud, y dijo luego que Peters finalizó su relato:

—Está muy bien; pero decid á mi soberano de mi parte que no he cometido traicion alguna, por que el príncipe de Salwart ha caido de bueno á bueno en combate, y no ha sido muerto alevosamente. Por lo demas, acepto el desafío de mi acusador, y el éxito de la lucha, espero que probará de que parte está el derecho y la verdad.

En cuanto á la princesa Ermengarda, cuya libertad reclama vuestro señor, decidle que le propongo concluir aquí mismo nuestra diferencia, á fin de que si tiene la superioridad como de ello neciamente se lisongea, notenga el trabajo de ir muy lejos para libertarla.

Y ahora si quereis entrar en este castillo sereis en él recibido y tratado como tiene derecho de serlo en casa de un vasallo el enviado de su soberano.

Pero Peters en vez de aceptar la oferta que se le hacia; tocó segunda vez la bocina en señal de despedida, partiendo á galope con su comitiva, para trasmittir al rey Dagoberto y al príncipe Lyderico la respuesta de Phinard.

Nada podia ser mas agradable para Lyderico que la contestacion de su adversario, no solo porque confiaba en el derecho que le asistia, sino tambien porque contaba con sus fuerzas, por lo que rogó á Dagoberto que activase lo mas pronto posible los preparativos de su viage porque tenia vehementes deseos de sacar á su madre de tan penoso cautiverio.

El príncipe de Buck que habia ignorado hasta entonces que hubiese un heredero del nombre de Salwart mandó bajar á Ermengarda y le preguntó que quien era un cierto Lyderico que se hacia conocer como hijo suyo, y que bajo la proteccion del rey de Francia habia venido á desafiarle. Ermengarda se hincó de rodillas y dió gracias al cielo con tal expresion de reconocimiento, que á Phinard no le quedó duda de que el heraldo habia dicho la verdad. Preguntó entonces á la princesa la ra-

zon que habia tenido para no haberle hablado nunca de este hijo, y Ermengarda contestó, que porque habia temido se apoderase de él y le mandara matar; pero que puesto se encontraba á la sazón protegido por el rey de Francia, y en su consecuencia no tenia nada que temer, podia ya revelarle todo cuanto le habia pasado; lo cual hizo Ermengarda seguidamente. Phinard preguntó la edad que su hijo tenia y Ermengarda respondió que de diez y ocho á diez y nueve años, á cuya respuesta el de Buck lanzó una estrepitosa carcajada, pareciéndole extraño que un jóven de tan corta edad viniese á combatir con él que estaba en toda la fuerza de su robustez varonil, y que era tan esperto en el manejo de las armas, que en cien leguas á la redonda de su fortaleza ninguno se habia determinado á medir las armas con él, y por consiguiente aguardo con mucha tranquilidad la llegada de su adversario convencido de salir victorioso en la lucha.

Estaba en esta persuasion, cuando una mañana vino á decirle el centinela que habia divisado una reunion de caballeros armados, que se adelantaban hácia el castillo; Phinard subió á la torre y no tardó mucho en reconocer al rey de Francia y su córte, por lo que al instante mandó abriesen las puertas de su castillo y salió á recibir al monarca rodeado de sus tropas, pero sin cascos y sin armas, como era costumbre hacer al vasallo delante de su soberano. A la derecha venia Lyderico montado sobre un magnífico caballo que le habia dado el rey, cuya gualdrapa de terciopelo con guarniciones de oro tocaba en tierra. A la izquierda venia el obispo de Noyon, dignidad eclesiástica de que el monarca no se separaba un momento, y con el cual consultaba todos los negocios.

Phinard, despues de haber echado sobre Lyderico una mirada rápida, pero escudriñadora, que le animó mas todavía viendo su estrema juventud, invitó á todos aquellos personajes á que entrasen en su castillo; pero Dagoberto se opuso diciendo, que una acusacion de asesinato recaía sobre el príncipe de Buck y que por consiguiente no podia

entrar en su castillo hasta tanto que este crimen fuese lavado. Entonces Phinard repitió lo que antes había dicho; esto es, que la muerte de Salwart había sido consecuencia de un combate y no de alevosía y que Ermengarda estaba prisionera en razón á cierto asunto de intereses, porque no quería concederle una parte del principado de Dijon sobre el cual creía tener derecho.

Lyderico no pudiendo soportar por mas tiempo semejante impostura, repuso en su presencia dirigiéndose al rey:

—Señor, este hombre miente; pero yo no he venido aquí, y dispéñeme vuestra magestad, para escuchar sus razones, si no para medir mi espada con la suya: sírvase mandar vuestra magestad que los preparativos del combate se dispongan sin dilacion, pues hace diez y ocho años que mi madre está prisionera y aguarda con impaciencia el momento dichoso de conocer á su hijo.

—¿Escuchais? dijo el rey dirigiéndose al príncipe de Buck.

—Si señor, contestó Phinard, y yo no tengo menos deseos de venir á las manos con mi acusador, porque espero que el fin de la lucha me será mas agradable que su principio.

—Que se prepare la liza sin demora, exclamó el rey, y que cada campeón piense en arreglar su cuenta con Dios, pues el juicio tendrá lugar mañana temprano; y ¡ay de aquel á quien el Señor llame á su tribunal sin llevar preparada la respuesta!

Phinard se inclinó y volvió á entrar en su castillo. El rey Dagoberto mandó levantar sus tiendas á la derecha del sitio donde á la sazón se hallaba, y el espacio que estaba comprendido entre el campo real y la fortaleza del príncipe de Buck fué el designado para lidiar.

Lyderico, el resto de aquel dia lo pasó rezando, y al amanecer del siguiente, se confesó con el obispo de Noyon, cuyo digno eclesiástico le absolvió desde luego; pero la conducta que observó el príncipe de Buck fué enteramente opuesta, porque estaba seguro de la ventaja que llevaria combatiendo con un jóven tan poco acostumbrado á lidiar, por lo cual no abrigó el mas leve temor, y á pesar de lo injusta que era la causa que iba á defender, confió en que su brazo le sacaría sano en esta ocasion: de manera que en vez de dedicarse á actos de devocion, como de-



biera haberlo hecho, mandó que le dispusiesen una opipara cena con el fin de festejar este acontecimiento en presencia de sus oficiales; y á manera de mofa convidó á la princesa Ermengarda para que bajase á tomar parte en di-

cho festejo, diciéndole que le había reservado un sitio en su mesa frente á su mismo asiento, pero la princesa respondió que la mesa á la cual debería aproximarse en semejante momento era á la de su Señor. El mensajero trajo esta respuesta á Phinard, añadiendo que había encontrado á Ermengarda orando en la capilla.

Phinard se sentó á la mesa con imponderable satisfacción y acompañado de sus oficiales dejando vacío el lugar que pertenecía á Ermengarda, para que si llegaba el caso que cambiase de parecer pudiera ocuparlo: después de haberse sentado, dió la señal conveniente para que se llenasen las copas y bebiesen sus convidados.

La cena duró largo tiempo, la que fué animada con cantos de regocijos, blasfemias y risotadas, mientras que la campana del reloj anunciaba tristemente las horas que transcurrían, y que debieran haberse empleado de un modo muy distinto.

A la primer campanada de las doce las lámparas comenzaron á amortiguarse y se oyó el ruido de unos pasos medidos que lentamente se aproximaban por la sala de armas al extremo de la cual estaba la capilla: todos guardaron el silencio mas profundo y volvieron la cara hácia la parte donde los pasos se oían; pero al sonar la última campanada de las doce, la puerta se abrió con estrépito y apareció un caballero; pero lo que aumentó el espanto de los que allí estaban reunidos fué reconocer que este caballero era de mármol, en el cual vieron la estatua del padre del príncipe de Buck que hacia treinta años que estaba colocada sobre su tumba.

Al aspecto de esta aparición, todos se levantaron, incluso Phinard y acaso mas pálido y horrorizado que los demás, pues sabía que era costumbre en su familia, que los padres viniesen á visitar á sus hijos la víspera de su muerte. La estatua se adelantó con paso lento, con la visera de su casco levantada y sus ojos de mármol fijos en Phinard: en seguida ocupó el asiento que estaba vacío y que había sido destinado para la madre de Lyderico. Phi-

nard entonces mandó al escanciador que llenase la copa para su padre, y al ugier de viandas que le pusiera carne en el plato; pero ni el uno ni el otro se determinaron á acercarse al convidado de piedra: entonces Phinard se levantó y llenó la copa del mejor vino que se había servido en la cena, y cortando un buen trozo de carne, le puso sobre un plato que presentó á su padre; la estatua lo miraba girando la cabeza hácia aquella parte; pero permaneciendo inmóvil el resto del cuerpo y sin separar las manos que tenía cruzadas sobre su pecho, ni tocar á su comida ni á la copa. Cuando Phinard volvió á ocupar su asiento, le pareció ver dos lágrimas que corrían por las mejillas de la estatua, porque aun cuando era de mármol lloraba viendo que Phinard, el último de su raza, concluía de una manera tan fatal é ignominiosa. Estas dos lágrimas siguieron corriendo hasta humedecer los bigotes del viejo príncipe, y después cayeron sobre la mesa; entonces los ojos de la estatua quedaron secos, se puso de pié é hizo á Phinard con la cabeza una seña para que le siguiera. Phinard tomó una rama de abeto encendida y siguió á la estatua, mientras que los demás convidados quedaron en sus sitios, mirándose unos á otros sin decirse unapalabra como si también ellos se hubieran convertido en piedra.

(Se continuará.)

ARTE. En esta vida nada ha de estacionarse, y el arte se petrifica cuando ya no varia.

Madame de Staël.

El principio y el fin del amor se conocen en el embarazo en que se encuentran dos personas al verse solas.

La Bruyere.

ADULACION. La adulacion es una moneda falsa que nuestra vanidad hace pasar.

La Rochefoucauld.

HOMBRES CELEBRES.

LOS PRIMEROS AÑOS DE VAN-DYCK.



Los primeros juguetes de Van-Dyck, fueron pinceles, paletas, y todos los objetos pertenecientes y necesarios al divino arte de la pintura; su padre, oriundo de Bois-le-Duc, era un pintor de brocha gorda y que gozaba de cierto renombre en la ciudad de Anvers en la cual habitaba desde fines del siglo XVI. Su madre cuya biografía elogia su habilidad en el bordado de bastidor, tenía además un talento especial para otro género de ejercicio, es decir para pintar paisajes y flores, con lo cual marido y muger se impusieron la benéfica y saludable tarea de iniciar al niño Van-Dyck en los primeros secretos del arte.

Los padres de Van-Dyck, habiendo reconocido en su hijo una actitud precoz y una decidida vocación a la pintura le enviaron desde muy pequeño al taller de Van-Palen, hombre que había recorrido la Italia y estudiado las principales obras de los maestros antiguos, y por lo tanto supo dar excelentes lecciones al niño, que trabajó con tal aprovechamiento que á los seis años le encontró Van-Palen en disposición de ocupar un puesto en la escuela de Rubens.

Uno de los rasgos mas curiosos de la infancia de Van-Dyck, y de los mas característicos de su prodigioso talento, es el que vamos á referir, que aun cuando referido en otros lugares, vamos á reproducirle y á separar al mismo tiempo algunos errores en que han incurrido los anteriores biógrafos relativamente á los detalles.

Rubens tenía un taller reservado al cual eran muy pocos los que tenían derecho de entrar, y siempre que salía cer-

raba y dejaba la llave en poder de un criado de toda su confianza llamado Valvéken; pero los discípulos de Rubens deseosos de penetrar en el reservado recinto, se valían de Valvéken, que no bien su amo volvía las espaldas entregaba el santuario del inmortal artista á la discreción de sus discípulos, que se aprovechaban de esta favorable circunstancia para estudiar detenidamente los cuadros del sublime maestro. Cierta día que Valvéken, dejó franco á los discípulos, como tenía de costumbre el reservado aposento, los jóvenes se precipitaron á ponerse delante de un cuadro que Rubens tenía aun en el caballete: era el famoso *Descendimiento de la Cruz*, de Anvers; todos querían verlo á un mismo tiempo, y se disputaban los sitios de tal manera, que uno de ellos llamado Diepenbeke, empujado violentamente por sus compañeros, vino á caer sobre el lienzo y borró con su cuerpo, el brazo de la Magdalena, la barba y una megilla de la Virgen: el suceso era tanto mas grave cuanto que las partes borradas eran precisamente las que estaban ejecutadas con mayor delicadeza. ¿Qué hacer? ¿Cuál será el resultado de esta desgracia? ¿Cómo confesar á Rubens lo que acababa de pasar? ¿Cómo ocultarlo? No sabiendo el partido que se tomaría en esta situación, solo procuran evitar la cólera del maestro, al tiempo que uno de los jóvenes esclama:

—Quietos, amigos míos: es necesario sin pérdida de tiempo, arriesgar el todo por el todo: aun podemos disponer de tres horas del día; que el mas capaz de todos nosotros tome la paleta, el tiento y los pinceles y procure reparar el daño; para lo cual elijo á Van-Dyck que es solamente quien se encuentra en estado de poderlo hacer.

El dictámen fué unánimemente aprobado, y Van-Dyck procuró rehusar el pe-

ligroso honor que le dispensaban; mas á fuerza de las instancias que le hacían no tuvo otro remedio mas que ceder á la solicitud de sus compañeros, y echó mano á la paleta, al tiento y los pinceles.

Al día siguiente condujo á sus discípulos delante del *Descendimiento de la Cruz* y señalando con satisfacion el trabajo de Van-Dyck, dijo:

—Esto es lo mejor que hice ayer.

Pero acercándose mas al cuadro conoció que allí habia tocado una mano estraña, y poco despues supo todo cuanto habia ocurrido el dia anterior. En concepto de algunos biógrafos, Rubens lo borró todo; mas nosotros queremos mas bien creer como otros que dejó subsistir la restauracion de su hábil discípulo.

Rubens conoció bien pronto la superioridad de Van-Dyck y se tomó por él un interés particular, haciéndole trabajar en sus lienzos con preferencia á los demas y como siempre se hallaba tan sobrecargado de obra encontró un auxiliar en este jóven artista, cuyos cuadros, al poco tiempo, no hizo mas que corregirlos muy ligeramente.

Por consejos de Rubens, Van-Dyck se decidió á hacer su viage á Italia; mas antes de partir quiso dejar á su maestro un recuerdo de afectuoso reconocimiento, y le hizo el homenaje de darle muchos cuadros entre ellos un *Ecce Homo* y un *Cristo en el Jardín de las Olivas*, con cuyo agasajo adornó

Rubens los principales aposentos de su casa, y alabándolos siempre con sincero entusiasmo los enseñaba con orgullo, lo mismo que un retrato de su esposa debido al pincel de su aventajado discípulo, que ofreció en cambio á Van-Dyck de uno de los mejores caballos de su cuadra que le habia regalado el rey de España.

El jóven Van-Dyck al emprender su viage para Italia encuentra cerca de Bruselas una aldeana de quien se enamora, y como no tiene ni oro ni alhajas que ofrecerla, le pinta dos cuadros para la iglesia del lugar, uno es la *caridad de San Martin* y el otro la *familia de la Virgen*. En el primero se retrató á sí mismo en el caballo que Rubens le habia dado, y es una de las mejores composiciones del autor, que actualmente se conserva en la parroquia del pueblo de Savanthen de donde era natural la aldeana; esta y el padre y la madre de Van-Dyck, estaban retratados en el cuadro de la Familia de la Virgen, cuyo cuadro ha desaparecido sia que nunca se haya sabido quien lo llevó ni que suerte le cupo.

Van-Dyck en su corta carrera supo conquistar un puesto distinguido, y su nombre irá unido siempre al de los grandes artistas. Nacido en Amberes el 22 de marzo de 1599, murió el 9 de diciembre de 1644 en Lóndres, donde el rey Carlos I, que le profesaba gran afecto y amistad, lo habia colmado de favores y distinciones.

HISTORIA NATURAL.

EL PARO.



El *paro* es una especie de pájaro, generalmente muy pequeño, y el mas grande, nunca lo es tanto como el gorrion: tiene cuatro dedos, tres delante y uno atrás, separados hasta cerca de su nacimiento; las piernas cubiertas de

pluma hasta el talon, y las alas muy cortas; un pico corto y algo puntiagudo, y las narices cubiertas con las plumillas de la raiz de su pico.

Diremos algo relativamente á las cualidades que son concernientes á este género de aves de un carácter tan colérico como cruel. La naturaleza parece haberse mostrado galante y obsequiosa hácia esta especie de animal, si obser-

vamos los bellos colores del plumaje con que la ha enriquecido. Borda para vestirlos el pardo ceniciento, el amarillo, el verde, el negro de terciopelo y lustroso, y el blanco claro y oscuro; estos colores están perfectamente mezclados y combinados, con diferente matiz, según son las especies. Los *paros* tienen el cráneo muy duro y mucha fuerza y solidez en los músculos del cuello. Las plumas con que reviste su cuerpo, son largas, con barbas deshiladas y poco unidas entre sí, lo cual contribuye sobremanera á que aparezcan estas aves mucho mas gruesas de lo que son, y á que muchas veces se presenten erizadas, por poco que levanten sus plumas, cuyas particularidades, son igualmente atributos de los *zorzuolos*, de los *picos* y *reyezuelos*.

Los *paros* habitan generalmente los grandes bosques y los vergeles, y se hallan tambien por lo comun sobre los sauces que están á la orilla de los arroyos y pantanos. Desde la nidada hasta la primavera, vuelan en bandadas, y cada sociedad se compone de la misma familia, siendo esta siempre estremadamente numerosa. Por las experiencias de union y fraternidad que esterioresmente guardan entresi, no hay duda que se creeria que son estos pájaros susceptibles de afecto, y de estrecha amistad, cuyos sentimientos son desconocidos para los *paros*, hasta el tiempo en que se saca. Si entonces el macho, busca una compañera, no es sino con el objeto de trabajar en su reproduccion; pero en cualquiera otra circunstancia, aunque los *paros* de una misma familia se juntan á una señal de reunion, y aun cuando aparezcan vivamente empeñados en vivir juntos, temen sin embargo aproximarse y verse muy cerca, porque desconfian de lo que puede resultar de su carácter áspero y colérico. Apesar de los cuidados mas prolijos que se han empleado para conocer á fondo la indole de este animal, no se ha logrado hasta ahora reunir tranquilamente muchos de ellos en una misma jaula, porque siempre riñen y se acometen, del modo mas encarnizado, siendo tan crueles en el combate como en la victoria, la cual coronan abriendo el cráneo y las vér-

tebras de su antagonista para comerse el cerebro y los tuétanos del espinazo.

Tambien se les apropia la cualidad de ser muy nocivos para las colmenas, pues destruyen un gran número de abejas, especialmente en la época en que estas aves tienen hijuelos; pero donde mas particularmente ejercitan sus crueldades, es en los palomares y pajareras.

Su canto no deja de prestar cierta agradable melodia; pero es solamente en la primavera, pues en lo restante del año solo tiene un grito ronco, lo cual ha dado origen á que en algunas partes le llamen cenojos.

Hay varias especies que se distinguen por sus adjetivos, como *paro azul*, *amoroso*, *cristado*, *gris con garganta amarilla* y *de cabeza negra*.

Querer olvidar á una persona es pensar en ella.

La Bruyere.

El adulator dice á la ira: véngate; á la pasión: goza; al miedo: huye; á la sospecha: crée.

Plutarco.

AMBICION. El esclavo solo tiene un dueño, mas el ambicioso depende de cuantas personas pueden serle útiles.

La Bruyere.

En la mente del ambicioso, el éxito oculta la verguenza de los medios.

Massillon.

Menos sonrojos sufre el cobarde que el ambicioso.

Vauvenargues.

Desechar indiferentemente toda clase de alabanza, seria una especie de ferocidad: debemos apreciar las que nos prodigan las personas honradas, que alaban con sinceridad lo que es digno de alabar.

La Bruyere.

LA CAZA DEL AGUILA.

El grabado que acompaña este artículo representa un cazador de águilas en el momento de herir con su pica al terrible animal; esta caza es de las mas peligrosas y se hace generalmente en la época de la cria. Sabido es que el águila no puede herirse al vuelo con esco-

peta por la estremada elevacion á que se remonta; para atraerla buscan los cazadores sus nidos en la cumbre de las montañas, y al apoderarse de los hijuelos, los graznidos que estos lanzan atraen á la madre que acude á su socorro; y los cazadores se aprovechando este momento para herirla. El ave se lanza furiosa contra el cazador, y este esperándola en la actitud que denota la figura, la dá la muerte. Desde luego se comprende la serenidad que es neces-



rio tener y la firmeza en el pulso para no errar el golpe, porque errado, el cazador seria victima infaliblemente de su temeridad. Las águilas de mayor tamaño que se conocen son las que se crían en los Alpes; las de los Pirineos aunque no

tan grandes y dañinas, no dejan sin embargo de ser fuertes y terribles; la abertura de las alas llega en algunas á cuatro pies, y se refieren casos de haberse llevado entre sus garras un carnero á vista de los pastores.